



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Universidad de la República.

Facultad de Psicología.

Trabajo Final de Grado. Monografía.

Función materna.

Consideraciones históricas y

psicoanalíticas.

Estudiante: María Cecilia Pintos Isasa.

C.I.: 4.904.488-3

Ciudad: Montevideo.

Fecha de entrega: 15 de Febrero del 2016.

Tutora: Asist. Lic. Gabriela Bruno.

Índice:

Resumen.....	1
Introducción.....	2
1 – Breve proceso histórico de la maternidad.....	3
1.1. Madre y mujer.....	3
1.2. Breve historia de la mujer.....	3
1.3. El padre como autoridad máxima.....	5
1.4. Los arreglos matrimoniales.....	7
2 - Freud y el Psicoanálisis. Una vuelta a los siglos XIX y XX.....	8
3 - La función materna.....	11
3.1. Freud y su disyuntiva ¿Sabía o no lo que querían las mujeres?.....	11
3.2. Melanie Klein, psicoanalista de niños.....	16
3.3. Los aportes de D. Winnicott.....	22
3.4. Lacan y el “ser no toda madre”.....	26
4 - Viejas creencias. Nuevas teorías: construyendo una equidad de género.....	30
5 - Una mirada actual.....	33
6 - Consideraciones finales.....	39
Bibliografía consultada.....	42

Resumen.

Lo realizado en la actual monografía consistió en un recorrido teórico que pretendió dar cuenta de las conceptualizaciones psicoanalíticas de la función materna. Para ello se comenzó realizando un breve abordaje histórico acerca de los conceptos de: mujer, madre, padre y matrimonio; el cual tuvo como objetivo la posibilidad de visualizar la magnitud e importancia de los mismos en un período de tiempo determinado. Luego de ello, se realizó una contextualización del surgimiento del psicoanálisis, para poder observar el posicionamiento que tuvo la mujer en ese período específico.

El eje central del trabajo fue el abordaje de autores psicoanalíticos clásicos como ser Sigmund Freud, Melanie Klein, Donald Winnicott y Jacques Lacan, quienes teorizan acerca de la función materna. Los autores antes mencionados realizan aportes significativos a dicha temática, destacando la esencialidad de esa función para el desarrollo psíquico del niño.

También se realizó un acotado abordaje referente al género y sus aportes a la concepción de la maternidad.

Como último punto fueron explicitadas algunas teorizaciones de autores contemporáneos en torno al tema, para finalizar luego con breves líneas conclusivas en torno al trabajo en general.

Palabras claves: función materna- psicoanálisis - maternidad

Introducción.

La presente monografía se realiza en el marco del Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología. La elección de la temática a abordar surge en el transcurso de la carrera, el cual se profundizó aún más al cursar una práctica en una escuela urbana. Allí se llevaban a cabo intervenciones psicológicas con niños que asistían a la institución. Previamente se realizaban encuentros con los padres. Es entonces que debido al discurso puntual de una madre, se desata a nivel personal la cuestión acerca de qué es y qué implica serlo.

Inicialmente se realizará un breve recorrido histórico sobre las conceptualizaciones acerca de la mujer, así como también los roles de la madre y el padre. También se abordará el papel que ha tenido el matrimonio sobre ellos. Es notorio que la mujer ha estado subordinada al hombre por un período de tiempo significativo. Mientras se le reconocían algunos derechos, se les quitaban otros. Destinadas a sobrevivir en una cotidianidad que muchas veces estaba alejada del acceso a las leyes que marcaba el Estado. Hasta antes del cristianismo, la mujer estuvo a total subordinación de su marido. Luego con el advenimiento de la modernidad, fue que sus manifestaciones comenzaron a ser escuchadas y sus derechos una realidad cada vez más cercana.

Se realizará una introducción a lo que fue el contexto de surgimiento del psicoanálisis, con el fin de poder visualizar específicamente, cuál era el rol de la madre y la mujer en aquel período.

Los siguientes capítulos estarán abocados puntualmente a las teorizaciones de diversos autores psicoanalíticos. El primer referente es Sigmund Freud: la concepción acerca de la feminidad y la pregunta crucial que se realiza sobre qué quieren las mujeres. Luego se continuará con Melanie Klein y sus aportes dedicados al vínculo temprano entre madre y bebé. Otro de los autores será Donald Winnicott, y sus planteos acerca de la “madre suficientemente buena”. También se abordarán los conceptos de Jacques Lacan en lo que respecta a la madre, el niño y una relación triangular al introducir el falo como tercer integrante.

Luego se plantearán referentes actuales, que abordan la cuestión de la función materna. El punto final del trabajo será el planteo de posibles líneas conclusivas respecto al tema.

Cap. 1 - Proceso histórico de la maternidad:

1.1. Madre y mujer.

A modo de inicio, se torna necesaria la explicitación de que a hora de abordar los textos, en la mayoría de los mismos se plantea que durante muchos años, existió una dificultad en poder separar los términos feminidad y maternidad. Se visualiza durante amplios períodos de la historia, a la mujer cuyo único destino es el ser madre.

Miriam Collazo (2005) afirma que la maternidad adviene como pilar fundante de la identidad de la mujer, y que ello produjo que, tanto las tareas que atañen a la maternidad, como los espacios donde son realizadas, tengan una derivación ideológica de su función reproductora.

Teresa González (2008) señala que ambos términos han marchado unidos e identificados, al punto de considerar a la maternidad como la esencia de lo femenino. Dicha autora, sostiene que la maternidad se ha construido con el andamiaje de la humanidad. Así como también que la maternidad no forma parte del instinto femenino ni es su esencia, como se ha sostenido durante mucho tiempo. La autora destaca que la identificación mujer-madre se ha transmitido y persistió como un principio inalterable. Desde pequeñas, las niñas eran instruidas para tareas del hogar, para el matrimonio y la maternidad; por lo que esas actividades las limitaba pura y exclusivamente al ámbito de la vida privada. Dicha autora, alega también que, la maternidad y la garantía de la continuidad de la especie, era la misión destacada que debían cumplir las mujeres, ya que ese era su único medio de realización reconocido frente a la cultura. Sostiene entonces lo siguiente:

Ese culto a la maternidad las ha situado en torno a una serie de valores (amor, bondad, abnegación, entrega) frente al contra modelo de mala madre. Si bien ha sido un discurso apoyado en la cultura tradicional, en la trayectoria de la humanidad las mujeres han cumplido una función social muy precisa y necesaria para la especie, la procreación. Además, cada vez más, se ha ido prolongando la función de madre en el tiempo, no sólo cubriendo el periodo de gestación, también incluye la crianza y educación de los hijos hasta que sean autónomos. (p.92)

1.2. Breve historia de la mujer.

Como punto de partida considero relevante mencionar los planteos que realiza Badinter (1981), referentes a que durante un período sumamente significativo de la historia de la familia occidental, ésta estuvo signada por la autoridad y el poder del padre y marido. Durante toda la antigüedad, señala la autora, ambos poderes estuvieron prácticamente inalterados.

Bel (2000) plantea que, hasta antes del cristianismo, la mujer estaba bajo el poder del hombre. Con el advenimiento de dicha doctrina se pretendía que hombres y mujeres fueran iguales ante Dios sin distinción alguna. La autora destaca lo siguiente:

La conversión de Europa al cristianismo supuso una notable mejoría en la consideración y estatus personal, familiar y social de la mujer. Fue decisiva la influencia de esta religión en la defensa del derecho a la vida de los hijos, y especialmente de las niñas, que en el mundo romano eran abandonadas en un número mucho más elevado que los niños. El respeto a los niños, a las mujeres y a los esclavos se extendió con el cristianismo. (Bel 2000, p. 19)

Las dos autoras antes mencionadas, coinciden en que el cristianismo tuvo un notorio impacto sobre el cambio de posicionamiento de la mujer. Sin embargo, Badinter (1981) aclara que ese mensaje de igualdad llegó únicamente a las clases sociales superiores. Las demás mujeres debieron seguir la sumisión a la autoridad masculina. Señala que en los hechos el hombre aún continuaba con la autoridad de golpear a su esposa, debido a que, la sociedad sostenía el principio de autoridad.

Durante el siglo IV, explica Badinter (1981) comienzan a reproducirse diversos desagrazos contra la mujer, llegando incluso al punto de atribuirles una malignidad natural. Ya en el siglo X y hasta el XII, Bel (2000) señala que comienzan a vislumbrarse cambios: podían administrar feudos, dirigir monasterios, y lentamente van teniendo poder político, económico y social.

No obstante, Bel (2000) sostiene que la situación de la mujer se deterioró a partir de la baja edad media y comienzos de la modernidad. Se empiezan a producir situaciones injustas y discriminatorias, retrocediendo casi a su posición inicial.

En lo que respecta a la maternidad, Badinter (1981) teoriza que esa condición se les era impuesta, por ende para la mayoría de las madres de aquella época, sus hijos eran una especie de carga o estorbo en el núcleo familiar. La autora destaca lo siguiente:

Los cuidados, la atención y el trabajo que representa un bebé en la casa no siempre son del gusto de los padres. (...) Como muchos padres no pueden, y algunos, muchos más de los que suele creerse, no quieren hacer el sacrificio económico o el sacrificio de su egoísmo consiguientes, afrontan diferentes métodos para desembarazarse de la carga (...), desde el abandono físico al abandono moral del niño. (p. 47-48)

Uno de los principales signos de ese rechazo, es según Badinter (1981) la negativa a darle el pecho al hijo. Por consiguiente la solución era entregarlos a nodrizas para que los alimentaran y les brindara los cuidados básicos. Durante el siglo XVIII ésta costumbre se generalizó en toda Europa. Muchos de esos niños, eran enviados al campo con sus nodrizas, mientras que las familias de clase social alta, traían a sus

hogares a la ama de leche. Algunos volvían al núcleo familiar luego de muchos años para casi de forma inmediata ser enviados a internados; sin embargo una amplia mayoría fallecía siendo aún bebé debido a la falta de alimentación, enfermedades, etc. La autora señala que hubo que esperar hasta el último tercio del siglo XVIII para que esa realidad comenzara a modificarse. Es precisamente en el año 1760 cuando aparecen publicaciones referentes a la importancia de la presencia y función de la madre, pero sobre todo en lo que respecta a la lactancia de su hijo. En palabras de Badinter (1981):

Le crean a la mujer la obligación de ser ante todo madre, y engendran un mito que doscientos años más tarde seguirá más vivo que nunca: el instinto maternal, del amor espontáneo de toda madre a su hijo (...) el amor maternal aparece como un concepto nuevo (p. 117)

Según Teresa González (2008), desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, la mayoría de los estados europeos comenzaron a crear políticas sociales de protección a la maternidad. En ese contexto surge lo que se denominó feminismo maternal, el cual reclamaba los derechos para las madres a la vez que consideraba a la maternidad como una función social. La autora señala que recién después de 1970 fue que cambió la concepción de la mujer, frente al avance innegable del protagonismo femenino. Destaca entonces lo siguiente:

Es innegable que el cambio de mentalidad ha influido notablemente, y el control de natalidad ha sido reflejo de una nueva forma de entender la identidad de las mujeres; el uso de anticonceptivos y el aborto han sido ejemplos de otra forma de comportamiento. A pesar de que el discurso oficial promocionaba la procreación, la feminidad no llevaba aparejado el ejercicio exclusivo de la maternidad (González, T. 2008, p. 96)

1.3. El padre como autoridad máxima.

En lo que respecta a la concepción de padre, Philippe (1993) teoriza que, originalmente en Occidente, se consideraba padre no al hombre de una mujer, sino al amo, o sea al que dirige una ciudad. Por esto, la paternidad es al comienzo política y religiosa, y no es familiar sino como consecuencia. Un hombre engendra a un hijo porque es padre y no a la inversa. O sea, lo que define el ser padre no es la imposición de la sangre sino el acto en sí de que un amo toma posesión de un niño y declara públicamente que es su padre. Por ende la paternidad es autorreferencial como todo acto de amo.

González (2008) sostiene que, en la organización de la sociedad patriarcal siempre ha primado el hombre sobre la mujer. Es por ello que, en el proceso de socialización los

hombres fueron educados como sujetos masculinos, siempre orientados a realizar trabajos productivos y actividades que se refieran al ámbito público.

Arvelo Arregui (2004) afirma lo siguiente:

Tradicionalmente se ha ubicado al padre como figura de autoridad, de respeto, el que impone la ley, el que sabe o supuestamente sabe, el que protege, el que provee, el que brinda seguridad por su mayor fortaleza (Aray,1992). El componente afectivo de la función paterna, aunque siempre ha existido, ha sido asumido y construido más recientemente. (p.94)

La autora Badinter (1981) plantea que, tan lejos como nos remitamos en la historia de la familia occidental, se puede visualizar el poder del padre acompañado fuertemente de la autoridad del marido. Dicha autora sostiene que, el padre en tanto tal, tiene funciones fundamentalmente judiciales, como ser las siguientes: debe encargarse de velar por la buena conducta de los miembros del grupo familiar, mujeres y niños; y a su vez frente al resto de la sociedad, él es el único responsable de sus actos. Por ende su poder se hace manifiesto a través del derecho absoluto que posee de juzgar y castigar. Avanzando hacia la Edad Media, la autora destaca que el poder paternal se atenúa progresivamente por toda Francia. En el sur de ese país, un padre aún puede matar a su hijo sin un gran perjuicio para sí, pero el poder paternal está moderado por la madre y por las instituciones que se involucran cada vez más en el gobierno de la familia.

La autora Roudinesco (2003) menciona que, el padre de antaño, en tanto heroico o guerrero, es la encarnación familiar de Dios, verdadero rey taumaturgo, señor de las familias. Heredero del monoteísmo, reina sobre el cuerpo de las mujeres y decide los castigos infligidos a los hijos. “A imagen de Dios, el padre es considerado como la encarnación terrestre de un poder espiritual que trasciende la carne. Pero no por ello deja de ser una realidad corporal sometida a las leyes de la naturaleza”. (p. 22).

Desde fines de la Edad Media y hasta la Revolución de los derechos del padre, Badinter (1981) destaca que, la doctrina católica restringió los derechos paternos en nombre de dos nuevas ideas: la de los deberes del padre para con sus hijos, y la idea según la cual el niño es concebido como un “depósito divino”. Es una criatura de Dios, que a toda costa hay que convertir en un buen cristiano. Por lo cual, el primer derecho que se eliminó fue el derecho de muerte. Entonces la autora afirma que:

Todas estas disposiciones ponen en evidencia la atención que se le otorgaba a la autoridad paterna. Ese poder debía mantenerse a toda costa, dado que era vital para el mantenimiento de una sociedad jerarquizada, donde la virtud primordial era la obediencia. Tan grande era la presión social que se ejercía en ese sentido, que quedaba poco sitio para cualquier

otro sentimiento. El Amor, por ejemplo, parecía demasiado inconsistente como para construir nada sobre él. (Badinter, E. 1981, p.31)

Adentrada ya la Edad Moderna, (siglo XVII), ésta autora destaca que aún sigue repercutiendo notablemente la concepción de que el padre es a sus hijos lo que el Rey es a sus súbditos, lo que Dios es a los hombres, es decir, lo que el pastor a su rebaño.

Según Philippe (1993), hubo que esperar un siglo más para que estas concepciones comenzaran a perder fuerza y se vislumbrara un giro significativo. Se comenzaba a percibir lentamente una sociedad fundada en el principio de fraternidad y no sobre el de paternidad. El autor destaca que durante el curso del siglo XVIII y fundamentalmente en el XIX, aflora una imagen del padre-educador. La misma se expande sobre todo en el siglo XX con lo que se denomina “nuevo padre”, aquel que carga en brazos a su hijo, cambia pañales, juega y habla con el recién nacido. Destaca que ya no es aquel de quien la madre habla, sino que es él que habla a sus hijos y al que lo llaman: papá.

1.4. Los arreglos matrimoniales.

Durante la antigüedad, el autor Hipp (2005) destaca que, en aquella época las comunidades estaban suscritas a dos sistemas matrimoniales: los matrimonios endogámicos y los exogámicos. Éstos se definían de acuerdo al grado de parentesco, a la posición económica, a la calidad racial, o a la residencia que hubiese en el grupo.

Avanzando un tanto más en el tiempo, llegamos a la época de Cristo. Aquí Badinter (1981) sostiene que, a pesar del claro mensaje de amor y el discurso igualitario de Cristo, la teología cristiana tuvo su parte de responsabilidad al fortalecer la autoridad paternal y marital. En lo referente a las normas que condicionaban el matrimonio, la autora (1981) afirma que la primera de ellas era la referente a la homogamia, que obligaba a casarse con alguien de la misma condición social. Otra norma de gran relevancia, era la de la ya mencionada dote. La autora destaca que, si no había dote, hasta la muchacha más dulce y hermosa, estaba destinada a quedarse en su casa paterna, ser sirvienta lejos de su hogar o marchitarse en un convento. Dentro de éste marco conyugal existente en aquella época, dicha autora sostiene que a las condiciones que estaba sujeto el matrimonio, se tornaba imposible tanto la amistad como el deseo en el matrimonio. Señala también que para contraer un matrimonio aceptable los contrayentes tenían que aceptar una serie de imperativos para elegir un conyugue, que no había lugar para la amistad ni la fraternidad.

A lo largo del siglo XI y XII, Hipp (2005) señala que la Iglesia se vio obligada a intervenir de una forma más directa en los matrimonios con el objetivo de controlarlos y de reconducirlos hacia el modelo sacramental que estaba a punto de definir y establecer como legítimo. Menciona que, en la aristocracia fue muy difícil lograr la influencia tan directa que esperaba la Iglesia y sobre todo en cuanto a la indisolubilidad, porque lo esperado era que el matrimonio durara para toda la vida. Las segundas nupcias sólo se aceptaban por muerte de uno de los cónyuges, no había otro medio para conseguirlo. En el siglo XVI, los teólogos consideraban que se cometía pecado mortal al casarse contra la voluntad de los padres y madres. Era considerado faltar al honor.

En lo que respecta a la actitud del conyugue ante la muerte, Badinter (1981) menciona una serie de proverbios que circulaban en aquella época en lo referente al matrimonio. Uno de ellos es el que dice que, el hombre tiene solamente dos días buenos sobre la tierra: el día que se casa y el día que entierra a su mujer, por la sencilla razón de que cuando ella muere, él tiene la posibilidad de acceder a una nueva fortuna, casándose con otra mujer. Menciona también que, ellas tampoco se veían muy afectadas con la muerte de sus maridos. Esto no significa que nadie experimentara tristeza ante la muerte de su esposo o esposa, pero dicha separación no afectaba a las personas. Lo antes mencionado la autora lo justifica por dos medios. El primero es, debido a que, en aquella época la religiosidad y la creencia de la vida eterna estaban presentes en las personas, por lo que consideraban que la muerte estaba más cerca de la vida. Y el segundo, es el referente a que esa insignificancia frente a la muerte del conyugue se debe a que el mismo no había sido elegido con el corazón.

Habrá que esperar hasta el siglo XIX, según Badinter (1981), para que ésta actitud frente a la muerte, comenzara a tener modificaciones. La autora destaca entonces, que lo correcto será llorarlo, debido a que las lágrimas simbolizan el amor que se tenía por el conyugue. Se visualiza entonces ese gran paso del matrimonio por conveniencia al matrimonio por amor.

Cap. 2- Freud y el Psicoanálisis. Una vuelta a los siglos XIX y XX.

Este apartado surge con el fin de poder visualizar brevemente el contexto que estaba inmerso Sigmund Freud, cuando por medio de sus prácticas clínicas, le da reconocimiento teórico al inconsciente, uno de los pilares fundamentales de la teoría psicoanalítica. Cabe aclarar, como bien lo señalan Carro y De la Cuesta (2010), que Freud no fue el primero en emplear el término inconsciente; y que dicho concepto no

es comparable con el de sus antecesores, debido a que éste no está definido por intensidades de conciencia, sino que contrariamente, constituye un claro sistema diferenciado de la conciencia, donde lo que lo separa es la represión ¹.

El inconsciente entonces, según Ellenberger (1976), era un concepto corriente en el siglo XIX, y la mayoría de los filósofos aceptaban que existía una vida mental inconsciente. Mientras tanto, los psicólogos buscaban comprobarlo científicamente. La suposición de que, parte de la vida psíquica escapa del conocimiento consciente del hombre, había estado presente durante muchos siglos, y en esa época aún más, debido a que, dicha afirmación estaba inmersa dentro de un enfoque especulativo tradicional. Tenía que complementarse ahora con otros dos, el experimental y el clínico.

Como bien lo destaca Octave Mannoni (1987), en su libro titulado: *Freud. El descubrimiento del inconsciente*, las obras freudianas si bien tienen valiosas cualidades literarias, no pertenece en primer término a la literatura, sino que apuntan a una verdad, permaneciendo siempre abierta a las interpretaciones, correcciones y a nuevos desarrollos. También se plantea en dicho libro, que, si bien algunos de los biógrafos que se dedicaron a escribir sobre la vida de Freud, supusieron que, algo en su pasado lo preparaba para sus descubrimientos, el azar y los diversos encuentros, con destacables personas dedicadas a teorizar sobre éstos temas, fueron acontecimientos que lo llevaron directamente hacia sus memorables planteos.

Ellenberger (1976), sostiene que hablar de psicoanálisis, implica mencionar también la disciplina en la que estuvo inmerso desde sus orígenes y durante mucho tiempo: la psiquiatría dinámica. Su aparición data del año 1775, como producto de un choque entre el exorcista y curandero Gassner y el médico Mesmer.

El mundo entre los años 1800 y 1900, atravesó diversas modificaciones. En lo referente al tema, el autor puntualiza dos acontecimientos cruciales sucedidos en esa época. Por un lado, la primera psiquiatría dinámica fue reconocida por la “medicina oficial”, adquiriendo así gran difusión.

¹ Operación por medio de la cual el sujeto intenta rechazar o mantener en el inconsciente representaciones (pensamientos, imágenes, recuerdos) ligados a una pulsión. La represión se produce en aquellos casos en que la satisfacción de una pulsión (susceptible de procurar por sí misma placer) ofrecería el peligro de provocar displacer en virtud de otras exigencias. La represión es particularmente manifiesta en la histeria, si bien desempeña también un papel importante en las restantes afecciones mentales, así como en la psicología normal. Puede considerarse como un proceso psíquico universal, en cuanto se hallaría en el origen de la constitución del inconsciente como dominio separado del resto del psiquismo. (Diccionario de Laplanche y Pontalis 1996, p. 375)

Y, a su vez, por otro lado, se inicia una nueva psiquiatría dinámica. Éste autor señala que, dichos movimientos, se dieron conjuntamente con todos los cambios que estaba atravesando la sociedad: la Revolución Francesa, guerras napoleónicas, aparición de Estados nacionales, el rápido progreso de la ciencia, la industria y el comercio. Así como también, circulaba una idea de que la cultura humana había llegado a su cúspide. Junto a eso, prevalecía un sentimiento de firme seguridad; a pesar de las guerras, las huelgas de obreros, la agitación socialista y los atentados criminales de anarquistas. Lo mismo sucedía a nivel económico, a pesar de las constantes crisis.

En relación al tema de lo femenino, durante el período antes mencionado, Ellemberger (1976), señala que, se hacía hincapié en la dominación masculina: “Era un mundo creado por el hombre y para el hombre, en el que la mujer ocupaba un lugar secundario y carecía de derechos políticos” (p. 294). Continúa señalando que, estaba sumamente marcada la diferencia de sexos, el ejército era algo exclusivo para el hombre, así como también solamente eran admitidos oficinistas y secretarios del sexo masculino. Tampoco las mujeres tenían acceso a la universidad, la primera lo hizo recién en el 1890. Únicamente existían clubs de caballeros, y se resaltaba exclusivamente las virtudes de ellos: ambición, tenacidad y agresividad. Ellenberger (1976) concluye entonces que:

No se ponía en duda la autoridad del hombre sobre los hijos y aun sobre la esposa. La educación era autoritaria; el padre despótico era un lugar común, y solamente destacaba cuando era extremadamente cruel. Los conflictos entre generaciones, en especial entre padres e hijos, eran más frecuentes (...) Pero la autoridad era una característica de la época y reinaba en todas partes, no solamente en la familia. (p. 294)

En lo referente a la sexualidad, el autor realiza una puntualización sumamente importante referida al tema. Destaca que, si bien en la actualidad de la época, existía una idea estereotipada sobre la ignorancia sexual, represión, hipocresía y se consideraban “tabúes” los temas sexuales; eso, no era tan así, y aclara que, se debe a una mala interpretación de lo siguiente: el código social imperante de aquel período obligaba a referirse a esos temas de una forma mucho más discreta, y por ejemplo, la homosexualidad estaba prohibida o se la ignoraba. Por tanto, éste autor señala que, esa supuesta idea de represión sexual que dominaba, era la expresión de dos hechos: no se difundía nada referente a la anticoncepción y persistía mucho el temor a las enfermedades venéreas.

Leticia Glocer (2006) sostiene que, al teorizar en torno a las mujeres de las obras freudianas implica inevitablemente referirse al contexto de Viena del fin de siglo. Ello significa según la autora, tener presente las ideas burguesas patriarcales que imperaban con doctrinas tradicionales tanto de la familia como de la mujer. Contrariamente, a principios del siglo XX, la autora antes mencionada, señala que

Viena fue testigo de los primeros movimientos revolucionarios, tanto de la pintura como de las artes en general, la literatura y por supuesto del Psicoanálisis. Glocer (2006) afirma entonces lo siguiente:

Freud mismo fue revolucionario en sus propuestas sobre el inconsciente, sobre la sexualidad. También hay que recordar que el lugar clásico de la mujer estaba siendo cuestionado por mujeres de ideas liberales, incluso algunas feministas, que Freud también conoció muy bien. Incluso discutió abiertamente con las feministas en su artículo “La feminidad” (1933). La cuestión sobre el lugar de la mujer estaba instalada. (párr. 8)

Dicha autora concluye que S. Freud, estaba fuertemente influenciado por ideas patriarcales, y que sostenía que las mujeres deberían cumplir su función ineludible en el cuidado tanto del hogar como de sus hijos. Por ende, no podía ni debía tener ninguna profesión. De todos modos señala lo siguiente:

No olvidemos que Freud aporta a lo que se podría llamar una “Historia de las mujeres”, una escucha que no existió hasta entonces. La histérica habla a través de sus síntomas, dice Freud, y por este camino avanza hacia una comprensión del psiquismo donde la represión y el inconsciente pasan a ser elementos fundamentales. Pero también es cierto que algunas de sus pacientes se rebelan contra sus “destinos de mujer” bajo la forma del síntoma. (Glocer 2006, párr. 10)

Cap. 3- La función materna.

3.1. Freud y su disyuntiva ¿Sabía o no lo que querían las mujeres?

La búsqueda bibliográfica realizada con la finalidad de encontrar trabajos que den cuenta del significado que le dio S. Freud al papel de la mujer, arrojó un dato novedoso: la mayoría de ellos giran en torno a esa gran pregunta que se realizó el psicoanalista durante toda su vida, pero que fue plasmada, poco tiempo antes de su fallecimiento. La cuestión es: ¿Qué quiere la mujer?. Como lo señala Figueroa (2005), era una pregunta que él se la hacía frecuentemente, pero que no ha sido capaz de responderla, a pesar de sus treinta años de investigación dedicados a la feminidad. Concluye entonces que, para sorpresa de algunos lectores, la mujer ha tenido un papel fundamental en el psicoanálisis y ha estado presente desde sus inicios.

A lo antes mencionado, se añaden los planteos realizados por Beatriz Zuluaga (2006), quien menciona, que Freud, a lo largo de sus obras, teorizó en torno a las mujeres que acudían a él, con sus cuerpos dolientes, producto de una época que las miraba con recelo y rechazo. Dicha autora, argumenta, que los textos freudianos, hablaban de mujeres atadas a su sexualidad, enlazadas al deber conyugal, por tanto, esa sexualidad era insatisfecha, ya que su fin, la mayoría de las veces, era el embarazo.

La vida sexual de aquellas mujeres, contemporáneas a Freud, era sombría, pecaminosa, y su única vía era la maternidad.

El recorrido por las obras de Freud, señala Beatriz Zuluaga (2006), llevan inevitablemente a las correspondencias que mantuvo con Fliess, donde se vislumbran, sus primeras teorizaciones sobre lo que él denominó mito edípico. Sostiene que el niño, adopta una posición en contra de su padre, ya que éste no le permite el acceso a su madre. Según la autora, éstas son las primeras líneas, que posiblemente darían cuenta de esa supuesta semejanza entre los caminos que deberán tomar, tanto el niño como la niña. Concluye entonces, que, al realizar un minucioso recorrido por los textos de Freud, lo que se visualiza en torno a la feminidad, es la renuncia. Renuncia a la madre, al clítoris y a la idea de tener pene. Por lo cual, estará destinada a asumirse en falta. Llevado a la clínica, La mujer freudiana se debate entre una especie de reivindicación y protesta por no tener el pene. La envidia hacia éste, es lo que Freud sitúa como el punto donde el análisis de la mujer se complejiza. Por eso, en la experiencia del análisis, el psicoanalista debía conducir esa envidia al deseo del hijo, era la única posibilidad para la cura; más allá no había esperanzas para lo femenino.

Robles (2012), añade que, la teoría psicoanalítica planteada por Freud, sostiene, que, el inconsciente, es el lugar donde se alojan los deseos más íntimos de los seres humanos, los cuales son invisibles a simple vista y reprimidos por la cultura. Dicho inconsciente, se constituye en la infancia y es determinante a lo largo de toda la vida. A su vez, señala también, que en parte, estamos determinados por nuestra historia. Aquí, es donde se plantea que, la maternidad en el inconsciente femenino, puede mantenerse en una delgada línea entre, el deber y el deseo. Sostiene entonces: “El límite entre el “deber ser...” y “el querer a...” (...) es frágil como el espejo más débil. Lo difícil justamente es distinguir hacia donde se dirige el sujeto y cuál es este espejo que lo constituye”. (p.120)

La idea de la maternidad ha sido fruto de una construcción socio-histórica y contextual, así lo explica el autor antes citado; por lo tanto sus significados y prácticas se han situado de una manera particular. En este sentido, sería imposible mirar la práctica materna desde un lugar esencialista y estático, sino que todo lo contrario, en constante construcción, desarmada y vuelta a construir, una y otra vez.

Luego de esta breve aproximación a autores que realizan recopilaciones de los planteos de Freud, se torna necesaria la remisión a la fuente propiamente dicha. Es así que se desarrollarán los planteos realizados por éste autor en 1931 en su texto denominado: *Sobre la sexualidad femenina*.

Freud (1879-1931) comienza allí diferenciando a niñas y niños frente a lo que él denominó Complejo de Edipo ² normal. En lo que respecta al varón, sostiene que no encuentra ningún tipo de dificultad frente a que éste, se encontrará tiernamente prendado a su progenitor del sexo opuesto.

Señala que la madre, es su primer objeto de amor, por tanto el padre, deviene en un rival para el pequeño. Mientras tanto, para la niña, la situación es descripta por el psicoanalista, como un tanto más compleja. Si bien para ella, su madre ha sido también su primer objeto de amor, Freud se cuestiona sobre cómo la pequeña encontraría el camino hacia el padre, y cómo y cuándo se deshace de la madre. Sostiene entonces, que, uno de las complicaciones en el desarrollo de la sexualidad femenina, es la resignación del clítoris, como zona genital rectora, por una nueva: la vagina.

La llegada de la niña, a la situación edípica normal positiva, se logra según Freud, cuando ésta haya pasado una prehistoria que estuvo dominada por el complejo de Edipo negativo. Agrega entonces, que, durante esa fase, el padre ha sido para la niña un rival fastidioso, pero no con la misma intensidad que lo es para el varón. La teorización de esa fase prehistórica en la niña, causa en Freud un efecto sorpresa, debido a que expresa su dificultad para trabajar ésta cuestión de forma analítica con sus pacientes. En lo que respecta a la bisexualidad, condición de todos los seres humanos según él; se visualiza con mayor nitidez en las mujeres. Esto podría deberse, a que, la mujer, a diferencia del varón, tiene dos órganos genésicos, la vagina y el clítoris. Freud, sostiene que, el primer órgano, parecería que no estuviese presente hasta la pubertad.

La vida sexual de la mujer, es teorizada según él, en dos fases: la primera, es de carácter masculino, mientras que recién en la segunda, aparece lo femenino. Por tanto, Freud señala que el desarrollo femenino necesariamente se desarrolla mediante un proceso de transporte, de una fase a la otra

² Complejo de Edipo: Conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta respecto a sus padres. En su forma llamada *positiva*, el complejo se presenta como en la historia de Edipo Rey: deseo de muerte del rival que es el personaje del mismo sexo y deseo sexual hacia el personaje del sexo opuesto. (Diccionario de Psicoanálisis Laplanche y Pontalis, 1996, p. 61)

Otra de las grandes diferencias que describe Freud, entre niñas y varones, es lo que refiere al objeto. Destaca entonces lo siguiente:

Para el varón, la madre deviene el primer objeto de amor a consecuencia del influjo del suministro de alimento y del cuidado del cuerpo, y lo seguirá siendo hasta que la sustituya un objeto de su misma esencia o derivado de ella. También en el caso de la mujer tiene que ser la madre el primer objeto. Es que las condiciones primordiales de la elección de objeto son idénticas para todos los niños. Pero al final del desarrollo el varón-padre debe haber devenido el nuevo objeto de amor; vale decir: el cambio de vía sexual de la mujer tiene que corresponder un cambio de vía en el sexo del objeto. (Freud, S. 1979-1931. p. 230)

A raíz de lo antes mencionado, el psicoanalista concluye que sus teorizaciones en torno al complejo de Edipo, se adecuan solamente al varón. O sea que, ese amor a uno de los progenitores, y odio al rival, encaja sólo para los niños. Éstos según Freud, descubren la posibilidad de castración al ver los genitales de la niña, y que ella, no tiene pene, entonces, acontece el complejo de Edipo se vuelve a plasmar. De esta manera es que se desarrolla lo que Freud denominó superyó, introduciéndose así, los procesos que insertan al individuo a la cultura

Como consecuencia de lo antes mencionado, se genera en el varón una especie de menosprecio a la mujercita, debido a su castración. Surgen muchos inconvenientes según Freud, al mencionar ese mismo complejo de castración en niña. Comienza señalando, que ella reconoce su complejo, y por tanto asume la superioridad del varón por sobre la de ella, a la vez que, se revuela frente a esa situación. De ello pueden surgir tres grandes consecuencias: la primera, es que podría darse un universal extrañamiento de la sexualidad (la niña al aterrorizarse frente a la comparación con el varón, se disgusta del clítoris, renunciando al quehacer fálico y por ende a la sexualidad en general). La segunda consecuencia, es la retención de la masculinidad amenazada (continúa durante un período significativo de su vida, la esperanza de poseer un pene, que de persistir, podría llevar a la mujercita a una futura elección de objeto homosexual). Y la última consecuencia es para Freud, la más compleja, y la que desemboca al fin, en la configuración femenina (la niña toma al padre como objeto, y encuentra entonces la forma femenina del complejo de Edipo). Freud señala entonces que:

(...) el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración; sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la mujer nunca lo supere. (Freud, S. 1979-1931. p. 232)

En lo que respecta a lo que Freud denominó ligazón-madre exclusiva, que puede denominarse también preedípica, se acentúa un significado mayor en la niña por sobre

los niños. El autor destaca entonces, que numerosas situaciones de la vida sexual femenina, se esclarecen si nos remontamos a esa ligazón. El ejemplo que menciona es claro: muchas mujeres escogen a sus maridos, reflejadas en el modelo de sus padres, pero sin embargo, reproducen durante el matrimonio, los modelos de mala relación que han mantenido con sus madres. El hombre, debía heredar el vínculo-padre, pero hereda el vínculo-madre. Freud destaca que, ese vínculo-madre es el originario, y sobre él se consolida la ligazón-padre, entonces durante el matrimonio, aflora, mediante la represión, esa ligazón originaria. El pasaje entonces, de la ligazón afectiva del objeto-madre al objeto-padre, es lo que el autor denomina como el contenido principal del desarrollo que desemboca en la feminidad

En el año 1932, Freud vuelve a retomar la cuestión de la mujer, en su conferencia 33ª denominada: *La feminidad*. Allí el analista comienza realizando algunas comparaciones sobre la diferencia sexual entre hombres y mujeres, a la vez que, contrapone animales con humanos, para mostrar cuestiones asociadas a la pasividad o actividad que se asocian a dichos conceptos. Realiza eso, con el fin de teorizar que, lo que constituye a la mujer y al hombre es de carácter desconocido y que la anatomía no puede aprehender.

En lo que refiere a lo activo Freud (1996-1932), señala a que la madre, desarrolla esa condición para con su hijo, tanto en lo que respecta al acto de mamar, como de dejar al niño que se amamante. A continuación de su conferencia, puntualiza algo interesante sobre mujeres y hombres: teoriza que, ellas tienen la capacidad para desplegar diversas actividades en distintas direcciones, mientras que ellos no serían capaces de convivir con iguales si no desarrollan la docilidad de una forma pasiva.

El autor realiza una aproximación a caracterizar la feminidad, diciendo que ésta consistiría en una predilección por metas pasivas. Puntualiza entonces, que eso, no es lo mismo que pasividad en su sentido estricto, por lo que dice que, muchas veces es necesaria una gran dosis de actividad para lograr la pasividad. Aquí se puede visualizar como Freud despoja esa creencia que se asocia a la mujer con todo lo que respecta a lo pasivo y el hombre, mientras tanto, con lo activo, de todos modos, recuerda que existen numerosas normas sociales que asocian a la mujer con un ser pasivo.

El propósito de Freud (1996-1932), como bien lo señala en ésta conferencia (*La feminidad*), no es el de desarrollar planteos acerca de las conductas posteriores de la feminidad, o sea, de la pubertad en adelante. Dichos planteos son producto de su labor analítica. Por tanto solamente menciona al respecto, algunos rasgos. Dentro de los

cuales destaca: la mujer puede en el transcurso de su vida puede tener regresiones a fases preedípicas, o sea, a épocas donde podría dominar tanto la masculinidad como la feminidad. Otro planteo por parte del autor es el de adjudicarle a la mujer un alto grado de narcisismo que influye directamente en la elección de objeto, debido a que, para la mujer es mayor su necesidad de ser amada, que la de amar. En lo referente a la vanidad de su cuerpo, la mujer seguirá teniendo envidia al pene y por tanto un sentimiento de inferioridad sexual. La vergüenza, cualidad que el autor considera que se le atribuye más a mujeres que a hombres, lo relaciona con el propósito de ocultar ese defecto de los genitales (ellas no tienen pene)

Una de las últimas caracterizaciones que realiza Freud (1996-1932), pero no menos importante, es en lo que respecta a la mujer cuando se torna madre. Sostiene entonces que:

Bajo la impresión de la propia maternidad puede revivirse una identificación con la madre propia, identificación contra la cual, la mujer se había rebelado hasta el matrimonio, y atraer hacia sí, toda la libido disponible, de suerte que la compulsión de repetición reproduzca un matrimonio desdichado de los padres. (Freud, S. 1996-1932, p. 123)

Vuelve a señalar aquí, otra diferencia en lo que respecta a hombres y mujeres, pero ahora abocado a la significación que puede tener para un padre, el dar a luz una niña o un varón. Si es varón, el autor destaca, que la madre emprenderá con él una relación más satisfactoria, más perfecta, y más ambivalente que cualquier otra. La madre, transferirá en su hijo aquella ambición que ella debió soportar, y esperar de él, aquella satisfacción que le quedó de su complejo de masculinidad.

A modo de cierre del presente capítulo, cabe destacar, que los planteos de Freud acerca de la feminidad, son como él bien lo señala durante sus teorizaciones, un tanto incompletos y fragmentarios. De todos modos aportan y seguramente lo seguirán haciendo, en lo que refiere a las teorizaciones en torno a la feminidad y maternidad.

3.2. Melanie Klein, psicoanalista de niños.

Melanie Klein fue una reconocida psicoanalista, pionera en estudios acerca del psiquismo infantil. Fiel seguidora, del fundador del Psicoanálisis, comenzó sus estudios en Budapest, casi finalizando la Segunda Guerra Mundial. Si bien Freud, ya había realizado algunos estudios al respecto, como ser el caso de Hans, el tema de los niños era aún un campo a descubrir. Así lo señala R.E. Money-Kyrle, en la Introducción del libro titulado: *Obras Completas. Melanie Klein. Amor, culpa y reparación.* (1994-1921).

En dicha obra, se realiza una compilación de sus escrituras. Si bien Klein, se dedica a realizar conceptualizaciones en torno a la infancia, menciona muchas veces, el papel que debe cumplir la madre, para que ese niño tenga un buen desarrollo o no. Pero más que nada lo hace, a modo de manual, o sea, realizando indicaciones y sugerencias de cuándo y en qué momento la madre debe actuar por y para su hijo. Ya sea, por ejemplo, en relación al amamantamiento, a la higiene, al juego, a los gestos que debe hacerle, a los cariños que debe darle, etc.

En 1936 realiza un escrito denominado *El destete*. Allí destaca que el niño experimenta sentimientos tempranos, y que éstos se dan en relación a estímulos externos e internos. Señala que la primera satisfacción que el niño experimenta, proviene del mundo exterior, y es la relacionada con el ser alimentado. Debido a su experiencia clínica, menciona que, una parte de esa satisfacción deriva del hecho de aliviar su hambre, y la otra, proviene del placer que siente el bebé cuando su boca es estimulada a succionar el pecho de su madre. Este aspecto, según ella, es esencial para la sexualidad del niño.

Inversamente, el bebé reacciona también a estímulos displacenteros y a la frustración, con sentimientos de odio y agresión. Dichos sentimientos son hacia el mismo objeto que le genera placer: el pecho de la madre.

Klein (1994-1936) sostiene que, es curioso que el interés del bebé se circunscriba únicamente a una parte de la persona y no a toda, es así que entonces se debe tener en cuenta que en dicha etapa, la percepción del lactante, ya sea física o mental, es limitada, y solamente se preocupa por la satisfacción inmediata, o por el contrario, por lo que no está siendo satisfecho. Teoriza entonces que, el pecho de la madre, tanto como fuente de gratificación o no, se vuelve en la mente del bebé, como “*bueno*” o “*malo*”. En referencia al “*bueno*”, éste se convertirá en el futuro, en una especie de prototipo de lo que será para ese niño, lo bueno y beneficioso. En cambio, el “*malo*”, representará redundantemente lo malo y lo persecutorio.

La autora (1994-1936) subraya entonces lo siguiente:

En los primeros dos o tres meses de vida se puede describir el mundo objetual del lactante como formado por partes o porciones del mundo real gratificantes o bien hostiles y persecutorias. Es aproximadamente en esta edad cuando comienza a percibir su madre y a otros de su entorno como “*personas totales*”. Gradualmente conecta su rostro, o los rostros que lo miran, con la mano que lo acaricia y con el pecho que lo satisface (...) (p. 297).

La autora plantea entonces que al coexistir dicha relación entre pecho “*bueno*” y “*malo*”, por consecuencia se generan dos círculos, uno benevolente y el otro malvado, que se funda sobre la base de factores ambientales o externos y psíquicos internos. Por ende, para que el bebé tenga un adecuado desarrollo de su mente, Klein resalta la importancia de que ese niño tenga la influencia del círculo benévolo. Cuando eso sucede, el lactante logrará formar una idea de su madre como persona. Así como también, es fundamental para que esto suceda, que se genere un lazo placentero con la madre. Todo esto, implica cambios sumamente importantes tanto en su desarrollo emocional como intelectual.

A lo antes mencionado, añade que, el bebé percibe sentimientos amorosos y destructivos hacia la misma persona, provocando entonces, conflictos significativamente perturbadores en la mente infantil. Teoriza entonces, sobre la crucial importancia que tiene, para el futuro de ese niño, la posibilidad de progresar en torno a esos temores persecutorios y esa relación objetal fantaseada, hacia la relación con la madre como persona total y amorosa. Al lograrlo, surge, no obstante, sentimientos culposos respecto a esos impulsos de destrucción, temiendo entonces que los mismos sean peligrosos para su objeto amado. Sostiene también, la relevancia que tiene, que el niño pueda manejar satisfactoriamente dichos conflictos, para que pueda desplegar una relación feliz con la madre. De lo contrario, ello le traerá fracasos en su desarrollo.

Conceptualiza también, lo que ella denomina sentimientos de culpa y miedo que tiene el bebé a que su madre muera. Los mismos, son producto de sus propios deseos inconscientes de muerte, pero sin embargo, pueden ser apropiadamente tolerados por el niño. Este aspecto, es otro de los tantos, que menciona Klein, que deben ser bien asimilados para el futuro bienestar del pequeño, así como también para poder desenvolver su capacidad de amar y de tener un adecuado desarrollo social. De ello deriva lo que la autora denomina como: “*el deseo de reparar esas fantasías de salvar a la madre y también ofrecerle cualquier desagravio*” (Klein, 1994-1936, p. 299).

Esa introyección de la madre a la que se refiere, también la destaca de igual forma hacia su padre y otras personas que rodean al niño. Sostiene entonces, que ese bebé, con el pasar del tiempo, logra establecer dentro de sí, a una madre afectuosa y que lo ayude. Esa madre entonces, será internalizada, como una influencia beneficiosa para la continuidad de la vida. Si bien, esa influencia podrá irse modificando, la autora apunta a que eso se puede comparar con la importancia del lugar que ocupa esa madre real para el recién nacido. En tanto madre ella debe, desde el comienzo, señala Klein (1994-1936): “*hacer todo lo posible para establecer una relación feliz con el niño*” (p.302). Destaca a su vez, que, un buen contacto entre madre e hijo, puede verse

perturbada, si ella no sabe cómo y de qué manera hacer que el bebé acepte el pezón. Deberá tener paciencia, y no hacerlo de forma brusca.

A lo antes mencionado, en referencia al amamantar, la autora (1994-1936) puntualiza que, además de eso, hay muchas otras ocasiones donde el niño siente y registra a nivel inconsciente, tanto el amor, la paciencia y la comprensión de su madre. De la misma manera lo hace con los sentimientos contrarios a los nombrados. A modo de ejemplo, cita que, el bebé percibe la manera con que es tratado ya en el parto, entonces dicho momento ya deja impresiones en su mente. El lactante, goza de la presencia de su madre de diversas maneras, como ser jugar con su pecho tras ser amamantado, disfrutar cuando recibe su mirada, cuando le sonríe, le hable o juegue con él, sin que entienda el significado de la palabra. Por consecuencia, se acostumbrará a su voz, y su canto será registrado a nivel inconsciente como placentero y estimulante. La posibilidad de que el acto de amamantar no sea un deber y sí un acto placentero para la madre, es otros de los puntos fundamentales teorizados por la autora, para que se establezca esa relación feliz entre madre e hijo. También es crucial para la mamá, que sepa que su hijo no es una extensión de ella. Tiene que asumir, que por más que sea pequeño y dependiente, es una entidad en sí mismo, el cual deberá ser tratado como un individuo. Por tanto, Klein (1994-1936) apunta a que, la madre no debe ligarlo demasiado a ella y ayudarlo a que crezca independientemente.

Otra enfatizada actitud que deberá asumir la madre, según la autora, es en referencia al desarrollo sexualidad del bebé, o sea, sus experiencias y sensaciones a nivel corporal, así como también los sentimientos y deseos anexos que pueda experimentar el lactante. Esto se debe a que para M. Klein, desde el nacimiento se tiene fuertes sensaciones sexuales, las cuales son puestas de manifiesto, en un principio, por el placer en torno a actividades orales y excretoras, pero que más tarde se verán reflejadas en los genitales, y por ende la masturbación. Esto adquiere notoria esencialidad debido a que, si eso no sucede, el niño no tendrá en el futuro un adecuado desarrollo de su personalidad, su carácter, ni tampoco una satisfactoria sexualidad en su adultez. La autora concluye entonces que una madre, deberá tomar una postura amistosa hacia esas manifestaciones de sexualidad de su hijo, no mostrando disgustos, durezas o burlas. Otros de los consejos que realiza la autora a la madre, es no mostrar demasiada indulgencia, en lo referente a que el niño se tome demasiadas libertades. La madre debe restringirlo pero sin participar de su sexualidad.

Conceptualiza entonces que, el límite del rol de la madre debe ser el de aceptar la sexualidad de su hijo de manera amistosa. A su vez, advierte que, es fundamental el

cuidado de ella hacia el bebé en lo que refiere a las necesidades eróticas de la misma. Aconseja entonces a que, cuando lo baña y lo seca, deberá limitarse en sus gestos, particularmente en las zonas genitales del lactante, ya que eso puede ser vivenciado por él como seducción, complicando entonces su desarrollo.

Klein, en su apartado dedicado al destete y todo lo que ello conlleva, concluye que las emociones que experimenta el recién nacido se caracterizan por ser poderosas y dominadas en su totalidad por los extremos. Destaca la vigorosidad de los procesos de disociación entre aspectos buenos y malos con su primer objeto que es la madre, así como también los sentimientos de amor y odio hacia ella.

En 1937, realiza un escrito al que denominó *Amor, culpa y reparación*. Allí hace referencia a que, todo lo antes mencionado en relación a lo que la madre debe proporcionarle al bebé, genera una seguridad temporaria en el niño, de modo que dicha seguridad adquiere suma relevancia, y se torna un componente fundamental de satisfacción al recibir amor.

La autora destaca entonces:

Nuestra madre desempeña un papel duradero en nuestra mente porque ella fue la que primero satisfizo todas nuestras necesidades de autopreservación y nuestros deseos sensuales, proporcionándonos seguridad, aunque los diversos modos en que esta influencia actúa y las formas que a veces toma no resulten muy obvios en una etapa ulterior. Por ejemplo: una mujer puede aparentemente haberse apartado de su madre, y sin embargo buscar inconscientemente algunos aspectos de aquel primer vínculo en su relación con el marido o con el hombre que ama. La parte importante que desempeña el padre en la vida emocional del niño influye también en todas las relaciones de amor posterior y en todas las asociaciones humanas. Pero el primer lazo infantil con él, como figura gratificante, amistosa y protectora, está parcialmente basado en la relación con la madre. (Klein 1994-1937, p. 311)

En dicha conferencia, M. Klein, aborda lo referente a las relaciones adultas; y explica que las mismas poseen un vínculo de amor estable y satisfactorio. Determina también, que entre un hombre y una mujer debe haber a su vez, una capacidad para el sacrificio mutuo y para compartir el dolor y el placer. La autora explica entonces que, si la actitud de la mujer hacia el hombre, es maternal, logra satisfacer los tempranos deseos de él de recibir gratificaciones de su propia madre, ya que, en el pasado de él, esos anhelos nunca fueron del todo satisfechos, ni tampoco fueron completamente abandonados. Vendría a ser, aclara Klein, como que si el hombre tuviera ahora a su madre para sí. De esta manera, si la mujer ha tenido una vida agradablemente desarrollada a nivel emocional, junto con sentimientos maternos, tendrá conservado dentro de ella, una actitud infantil hacia su padre, volcando así, algunos rasgos de esa

relación hacia su marido. A modo de ejemplo, son citados el poder brindarle su admiración, confianza, viendo en él una figura protectora y útil. Dichos sentimientos, son los que sedimentan la base de una relación que permitirá la plena satisfacción de los deseos y necesidades de la mujer en tanto persona adulta. A su vez, también, esa actitud de ella, le da a él la oportunidad de protegerla y cuidarla de diversas formas, o sea, a nivel inconsciente, poder desempeñar hacia su madre, el rol de un buen marido.

Cuando la mujer, logra tener la capacidad de amar intensamente a su marido y a sus hijos, explica la autora, se puede deducir entonces, que su relación infantil, tanto con sus padres y hermanos, ha sido buena y ha logrado manejar eso de manera sumamente satisfactoria, así como también sus impulsos de odio y venganza en contra de ellos.

En relación al ser madre, M. Klein (1994-1937) destaca que, muchos de los lazos que unen la relación entre madre e hijo, son los que ella, en su niñez, ha tenido con su propia madre. Se destaca aquí, que existe en todos los niños, un fuerte deseo por tener hijos. En las niñas, a nivel inconsciente, fantasean que el cuerpo de sus madres está lleno de hijos. La autora señala que, debido a su experiencia clínica, ha observado cómo las pequeñas juegan con muñecas de una manera apasionada, tratándolos como niños reales. Esos deseos, son los que luego, en su adultez, se vuelcan hacia su embarazo, cimentando el amor hacia su hijo que está por venir. La satisfacción al parirlo, calma su frustración infantil, cuando deseaba tener un hijo con su padre y no podía tenerlo. Señala que, aflora en ella una necesidad de cuidados maternos tan intensos, los cuales demandan mucho amor, que es imposible de proporcionarle a otra persona cualquiera.

A medida que ambos crecen, tanto madre como hijo, la naturaleza de esa relación se modifica. La autora menciona que, la actitud de ella, cuando sus hijos son más grandes, tendrá similitudes con la que tuvo para con sus hermanos o primos.

A modo de conclusión la autora destaca:

La madre que tiene fuertes sentimientos maternos puede permanecer firme en su amor, ser paciente y comprensiva, proporcionar ayuda y consejo cuando sean necesarios y permitir, con todo, que los hijos elaboren sus propios problemas, todo ello sin pedir mucho. Sin embargo, esto sólo es posible si su capacidad de amar se ha desarrollado en forma tal que le permita una doble identificación, con su hijo, y con la madre sensata que se mente evoca. (p.322)

3.3. Los aportes de D. Winnicott.

Winnicott fue un reconocido pediatra y psicoanalista inglés. Dedicó gran parte de su obra a teorizar en torno a la familia, como lo plasma en el libro titulado: *La familia y el desarrollo del individuo* (1995-1958). En dicha obra, señala que la misma es el primer grupo natural, y que a partir de ella, se despliegan luego, otros grupos sociales. En lo que refiere específicamente al niño y su desarrollo emocional, teoriza que la estructura de la familia, obedece, en gran parte, a las tendencias y a las organizaciones que existen en la personalidad individual. Destaca que, la familia, cumple un papel preciso en el desarrollo del niño, y principalmente cuando el pequeño debe enfrentar las fuerzas que operan en la sociedad. De este modo, el prototipo de dicha interacción es la relación original que tiene la madre con el hijo, que de un modo sumamente complejo, el mundo que es representado por medio de la madre, es el que promueve u obstaculiza, la tendencia al crecimiento del bebé.

Este autor, realiza un minucioso recorrido teórico del significado de la madre para el niño, desde sus primeras horas de vida, destacando, que el desarrollo emocional del mismo, comienza junto con sus primeras horas de vida. Winnicott (1995-1958) señala, que en dicha etapa existe un alto grado de vulnerabilidad, y quien está particularmente apta para protegerlo, es su madre, quien a su vez, también, contribuye positivamente a las necesidades del bebé. Esto solo sucede, si ella se siente amada por el padre de su hijo, por su familia, teniendo seguridad en sí misma, y también si es aceptada por los círculos más amplios de la sociedad. Todo lo antes mencionado se enmarca, según el autor, no en el conocimiento que pueda adquirir esa madre, sino en una actitud afectiva que adquiere, a lo largo de su embarazo, que irá disminuyendo luego, cuando el niño crezca fuera de su cuerpo.

Sostiene entonces lo siguiente:

(...) al comienzo, la madre debe adaptarse casi exactamente a las necesidades del niño, a fin de que la personalidad infantil se desarrolle sin distorsiones. Con todo, la madre puede permitirse fallas en su adaptación, porque la mente y los procesos intelectuales del niño le permiten entender y tolerar fallas en la adaptación. Así, la mente es la aliada de la madre y asume parte de la función de esta última. En el cuidado de un niño, la madre depende de los procesos intelectuales de aquel, y gracias a ellos puede recuperar gradualmente vida propia. (Winnicott, 1995-1958, p.19)

En lo que refiere a esa relación inicial de madre y bebé, el autor señala que existen dos clases de identificaciones: de ella con su hijo, y de él hacia ella. La madre lo identifica y asocia con una imagen de “*objeto interno*”, establecido dentro de su cuerpo, a pesar de las adversidades existentes.

Winnicott (1995-1958) subraya, que aflora en la madre una disposición y capacidad para dejar de lado todos sus intereses personales y concentrarse en su bebé. Esto es lo que el autor denomina: “preocupación maternal primaria” (p.29). Eso es lo que permite a la madre, que tenga una capacidad precisa para hacer todo aquello que su hijo necesite, así como también, saber todo lo que siente el lactante.

De todos modos, el autor (1995) señala que existen dos tipos de trastornos que se pueden desarrollar en las madres, los cuales modifican notoriamente la situación madre-hijo antes citada. Por un lado, pueden estar aquellas madres que sus intereses personales son demasiado compulsivos, entonces se les torna casi imposible abandonarlos. Contrariamente, están aquellas madres que se preocupan demasiado por el bebé, llegando al extremo patológico.

Es parte del proceso que, con el pasar del tiempo, la madre vaya superando ese estado de preocupación por el bebé, y por ende recuperando el interés por ella misma. Dicho transcurso es según el autor una especie de destete. En cambio, las madres que se aproximan más a lo patológico pueden tomar dos caminos. El primero es que ese destete o separación de su hijo no se lleve a cabo, porque según Winnicott (1995-1958), esa madre nunca tuvo a su hijo realmente. El segundo camino, tampoco concluye en el destete, o por el contrario se realiza de forma brusca, sin que la madre tome en cuenta el proceso progresivo que debe conllevar el destete.

Durante todo este recorrido, se destaca una vulnerabilidad existente en la madre, enlazadas con fuerzas naturales de protección, que cuando dejan de funcionar, permiten visualizar esa vulnerabilidad. Muchas veces, para una madre es complejo desenvolver la preocupación maternal primaria, así como también el poder volver a la actitud de importarse por ella. Como consecuencia la madre puede caer en lo que se denominan trastornos puerperales.

Éstos trastornos se dan según el autor (1995-1958), debido a que la madre carece de la “envoltura protectora” (p. 30), que es lo que le permite a ella volverse hacia adentro, y despreocuparse de los peligros externos, así como también abocarse por completo a su preocupación maternal.

Uno de los puntos fundamentales de la teoría de Winnicott, es el de la madre suficientemente buena. El autor (1995-1958) parte de esa base, para que el niño pueda concretar un adecuado proceso de desarrollo personal y real.

Si la madre no desenvuelve esa actitud (suficientemente buena), el verdadero *self*³ del niño no se llegará a formar, y en su lugar aparecerá un falso *self*, que se someterá a los golpes del mundo externo, y por lo general tratará de evitarlos. Cabe aclarar aquí, que no se habla de un *self* totalmente acabado, sino que de un *self* en potencia y construcción.

Continuando siempre, con la base de que la madre desarrolla la actitud suficientemente buena, entonces el yo del niño es débil y fuerte, por tanto, señala Winnicott (1995-1958) que dependerá de la capacidad de ella en proporcionar apoyo al yo del pequeño. Consecuentemente ese yo se fortalecerá, y desde temprano el bebé tendrá la capacidad de organizarse, defenderse y desarrollar patrones personales, que exhibirán las huellas de sus tendencias hereditarias.

El autor señala entonces lo siguiente:

Es precisamente este niño con un yo fuerte *gracias al apoyo yoico de la madre* el que se convierte desde temprano en él mismo, real y verdaderamente. Cuando el apoyo yoico de la madre no existe, es débil o tiene altibajos, el niño no puede desarrollarse en forma personal, y entonces el desarrollo está condicionado (...) más por una serie de reacciones frente a las fallas ambientales que por las exigencias internas y los factores genéticos. Los niños que reciben una atención adecuada son los que con mayor rapidez se afirman como personas, cada una de las cuales es distinta de todas las demás existentes en la actualidad o en el pasado, mientras que los bebés que reciben un apoyo yoico inadecuado o patológico tienden a parecerse en cuanto a los patrones de conducta (inquietos, suspicaces, apáticos, inhibidos, sometidos.) (Winnicott 1995-1958, p.32)

Otro de los pilares fundamentales que teoriza el autor (1995-1958), es el de referirse a la función materna en torno a tres categorías: sostenimiento (*Holding*), manipulación y mostración de objetos.

El sostenimiento, refiere a la forma con que su madre sostiene en brazos al pequeño, el cual se relaciona estrechamente con la capacidad para identificarse con él. Sostenerlo de forma apropiada, constituye un elemento básico del cuidado.

Cualquier falla podría provocar en el niño, un grado significativo de ansiedad, generando en él sensaciones de desintegración, de caída, de que la realidad externa no podrá utilizarse como reaseguración, así como también otras ansiedades de tipo “psicóticas”.

³ Winnicott (1993-1965) sostiene que: “La palabra *self* llega después de que el niño ha comenzado a utilizar el intelecto para mirar lo que los otros ven, sienten u oyen, y lo que conciben ante su propio cuerpo infantil” (p. 73).

La manipulación, favorece a que el niño desarrolle una asociación psicosomática que le permita diferenciar lo “real” como contrario a lo “irreal”. Si esto no sucede, el niño tendrá dificultades en desarrollar el tono muscular, la coordinación, ni tampoco podrá disfrutar de las sensaciones de su funcionamiento corporal, y fundamentalmente de su experiencia de SER⁴.

Por último, la mostración de objetos o *realización*, o sea, hacer real el impulso creativo del niño, refiere a que, se promueva en él la capacidad de relacionarse con objetos. En caso de presentarse una falla en ésta categoría, lo que se producirá será un bloqueo en el desarrollo de la capacidad del niño para que se sienta como real a la hora de relacionarse con el mundo en concreto (objetos y fenómenos).

De este modo, Winnicott (1995-1960) concluye lo siguiente:

(...) el desarrollo es producto de la herencia de un *proceso de maduración*, y de la acumulación de experiencias de vida, pero no tiene lugar a menos que se cuente con un *medio favorable*. Dicho medio tiene al comienzo una importancia absoluta, y más tarde sólo relativa, y es posible describir el curso del desarrollo en términos de dependencia absoluta, dependencia relativa y tendencia a la independencia (p. 34).

Avanzando en el tiempo, el niño ya con un año de vida, en la mayoría de los casos, es una persona total, y según el autor (1995-1960), puede entonces relacionarse con personas totales. Dicho acontecimiento se da, debido a que las condiciones imperantes son suficientemente buenas. Al principio, existe una relación con objetos parciales, como por ejemplo el pecho de la madre, y ésta no cuenta para nada, aunque el lactante puede llegar a “*conocerla*” cuando mantiene con ella un contacto afectuoso. Luego, el bebé, de una manera gradual, va unificando su personalidad, haciendo posible entonces, que el objeto parcial (pecho materno), sea experimentado como parte total de una persona. Dicho reconocimiento de totalidad, provoca en el niño sentimientos de dependencia, y por ende, necesidad de independencia.

⁴ Mayúscula del autor.

3.4. Lacan y el “ser no toda madre”.

Jacques Lacan, fue un reconocido psiquiatra y psicoanalista francés. Sus obras estuvieron basadas, como bien lo señala el propio autor, en un retorno al psicoanálisis de Freud. A partir de eso, fue que instituyó su propia teoría, dándole un nuevo sentido y significado a conceptos freudianos.

Liliana Lamovsky (2003), plantea una cuestión central que teoriza Lacan y es la que refiere a que, “La mujer no existe”. Dicho planteo, se funda en que, para Lacan, no existe una esencia de la feminidad, y que la misma no se sostiene en la castración. A esto añade, que tampoco existe una identidad femenina, en el sentido de un universal de la mujer. En cambio para el hombre, sí existe ese universal. Esa diferenciación que realiza Lacan, explica la autora, se basa en que, un varón centra la totalidad de su goce sexual alrededor del falo, por tanto, su goce es “uno”. Dicho goce fálico, es el que impide al hombre justamente gozar del todo del cuerpo de la mujer, porque estará abocado a su propio goce. Por ende, al gozar de una parte de la mujer, abordará a la misma como un “objeto a”, que será causa de su deseo. En tanto, para la mujer, señala Lamovsky, (2003), su goce es doble, dividido y no todo fálico. Una parte de ese goce, se localizará alrededor del falo, mientras que la otra parte permanecerá desconcertada, la cual no será representada por el inconsciente. La autora señala entonces, que esa otra parte, de todos modos, tiene un pasaje por aquella primera significación fálica, por tanto no estiba de un principio único, al cual se podría llamar feminidad. De todos modos, aclara, que la mujer accede a la feminidad de un modo singular, por medio de la construcción de una elucubración que parte de los datos que se alojan en su inconsciente y sometida a las necesidades propias de su exigencia pulsional. La identidad femenina entonces, aclara la autora, es propia de cada mujer que según Lacan es no-toda. Esa otra parte no fálica del goce femenino, puede ser para la mujer, un tanto angustiosa, ya que puede presentarse a su vez, en forma de vacío, o excesos repentinos, que muchas veces desencadenan en el pasaje al acto o en el accting out. Dicha autora, destaca que, para Lacan, el hombre al tomar a la mujer como objeto a para el hombre, sino que también se inscribe bajo la lógica del síntoma.

Al respecto la autora señala lo siguiente:

La función del padre real es hacer de una mujer su síntoma. El padre intercepta el goce fálico de la madre hacia el niño, evitando que el exceso de este goce sea vivido como goce del Otro para el niño. Entonces, el padre abre la posibilidad al goce fálico, al mismo tiempo que lo limita. (Lamovsky, L., 2003, párr. 18)

Sobre la relación madre-hijo, la autora Marcela Negro (2012), señala que, dicha relación, impone una periodicidad en torno a la manera de satisfacer las necesidades del niño, a la vez que, se inscribe una temporalidad basada en la presencia-ausencia, que introduce al niño en la estructura del lenguaje. Debido a esta modalidad, señala la autora, es que aparece la respuesta materna al llamado del niño, naciendo entonces, el sujeto en él. A lo antes mencionado, la autora añade, al decir de Lacan, que la hiancia en la presencia-ausencia, es de carácter singular y específico, ya que depende de la particularidad de cada madre. Esa hiancia entonces, es la que responde a la puesta en función del deseo materno. De todos modos, aclara la autora, que existen en el niño, una serie de consecuencias que se generan previamente a que él se enfrente al deseo de la madre como un deseo del Otro. Entonces la autora señala lo siguiente:

Un tiempo anterior al establecimiento del deseo del Otro, es este en que, para el niño, de pronto, la madre, responde a su capricho, cuando debería responder con el par oposicional presencia - ausencia. Para el niño, la madre se hace presente si quiere, y él depende absolutamente de esa voluntad. Se instala así la dimensión de la contingencia puesta en juego por la particularidad de esa madre en la relación con ese niño. (Negro, M. 2014. p. 565)

Cristina Calcagnini (2003), tomando los planteos de Lacan, señala que, en lo que respecta al padre, éste no tiene el derecho al respeto, sino al amor. Ese amor esta al decir de Lacan “pere-versement” orientado, esto quiere decir, hacer a la mujer objeto causa de su deseo. En cambio lo que la mujer hace, es ocuparse de otros objetos α , por ejemplo los hijos. A modo de un mejor entendimiento, la autora antes mencionada, señala que la escritura del objeto α , se ubica en el agujero central de lo que Lacan denominó el nudo borromeo, enlazado por cuerdas que son: lo real, simbólico e imaginario. En dichas cuerdas, se ordenan, el amor, el deseo y el odio. Entonces, lo que se anticipa aquí, es la posibilidad de que dentro de la función materna, el deseo y el estrago, se anuden de una forma borromea. De lo antes mencionado, se desprende, según Calcagnini (2003), la posibilidad de pensar a la madre simbólica. Ella es el primer elemento de la realidad que el niño simboliza, debido a su presencia-ausencia. La demanda del niño, señala la autora, en sus primeros tiempos se dirige a la madre. En lo que respecta a la frustración, ésta solo es concebible como la negación de un don, en la medida que ese don sea símbolo de amor. Al nombrarlo como don, refiere a que, por tal condición, se da o no se da. Esto ubica a la madre como primordialmente omnipotente, y no porque lo contenga todo, sino porque ella es quien toma la decisión de dar o no dar. La autora antes mencionada señala que el enigma para el niño,

acerca del deseo de la madre, es lo que abre un camino para la operación de separación que tiene como principio la metáfora paterna. Esa metáfora paterna, es un concepto netamente lacaniano, de modo que la autora lo explica de la siguiente manera:

(...) Lacan escribe la fórmula de la metáfora paterna en la que el deseo de la madre: (DM), significa al sujeto con una x, que como en el álgebra puede adquirir diferentes valores. Para el deseo de la madre, el hijo adviene al lugar del falo imaginario. El N. P., nombre del padre, reprime el D M. y pasa bajo la barra y como producto de esta eficacia este lugar adquiere un nuevo valor. El sujeto deja de ser el falo del Otro y en tanto deja de ser objeto de puro goce entra en el lazo social, entra en la significación fálica. (Calcagnini, 2003, párr. 26).

A modo de un mejor entendimiento respecto a la función paterna, que incide directamente sobre la materna, Viviani, A (s.f), sostiene, que Lacan entiende a dicha función como una metáfora. El Nombre del Padre, como significante privilegiado, marca su presencia en la madre, se apoya en su castración y hace posible la emergencia de sentido. Entonces, debido a la falta en la madre, es que el hijo tiene la significación de falo. El autor señala, que ésta aparentemente es una relación dual, o sea, la apariencia es la siguiente: una madre completa, con un falo imaginario, que es su hijo. Entonces, si el hijo es el falo imaginario de la madre, dicho falo, tiene aquí otra significación, el falo no es el pene, sino el hijo como cuerpo. Dicha alusión al falo, se da debido a que, la madre coloca al niño en su discurso, en esa posición.

Mariana Martínez, (2008), es otra de las autoras que retoma la teoría lacaniana, y señala que, que tanto la función de la madre como la del padre, se juzgan según una necesidad tal. En lo que respecta a la madre, sus cuidados están signados por un interés particularizado, debido a sus propias carencias. La del padre en cambio, está signada por su nombre, el cual es el vector de una encarnación de la ley en el deseo. La autora concluye entonces que:

Tanto la función materna como paterna tienen que ver con la relación que padre y madre tengan con la castración en tanto hombre y mujer. Es interesante pensar la función materna a la luz de lo que dice Lacan en "El saber del psicoanalista". "El amor, el bien que quiere la madre para su hijo, el (a)muro alcanza con poner entre paréntesis el a para reencontrar lo que palpamos a diario, es que aún entre la madre y el hijo, la relación que la madre tiene con la castración ¡eso tiene mucho que ver!". (Martínez, M., 2008, párr. 10),

Luego de éste breve acercamiento en torno a la teoría lacaniana, desde la perspectiva de diversos autores, y con el fin de una mejor comprensión de la misma, se vuelve necesario recurrir a la fuente. J, Lacan teorizo respecto a la madre en varios de sus seminarios. Se abordarán a continuación sus planteos en torno al tema.

En el seminario 4, titulado *La relación de objeto* (1994-1956-1957), Lacan realiza un interesante abordaje acerca de la función materna, partiendo de los planteos realizados por D. Winnicott. Sostiene entonces, que lo interesante de su colega, es la importancia decisiva que le da a la madre y en lo que respecta a la captación de la realidad por parte del niño. Lacan señala entonces, que ambos sujetos (madre-hijo) son ideales, y que se trata más bien de una figuración o guiñol imaginario. El seno materno, lo identifica con una determinada relación del objeto, circunscripto por el principio de placer; mientras tanto, el principio de realidad es asociado con que, el niño debe prescindir del seno. Sostiene entonces que para Winnicott es imprescindible que todo vaya bien, de lo contrario, aflorará una anomalía primordial, a lo que Lacan añade anomalía primordial de la frustración. Dicho termino, es clave para ésta dialéctica planteada. Entonces, de lo que se trata, es que el niño, según Lacan, sea enseñado por su madre, de forma progresiva, a experimentar esas frustraciones, a la vez que, deberá percibir ciertas tensiones inaugurales, llevando entonces al niño a diferenciar paulatinamente la realidad de la ilusión. La madre para Lacan, es algo distinto que el objeto primitivo, debido a que, no aparece desde el inicio. Teoriza entonces, siguiendo los planteos de Freud, que ella aparece a partir de los primeros juegos que realiza el niño, los cuales consisten en tomar objetos indiferentes a sí y sin ningún valor. Lo que se produce aquí, según el autor, es el par presencia-ausencia la cual es experimentada por el niño de manera precoz, connotando entonces, la primera constitución del agente precoz: su madre. Ella existe, como objeto simbólico y como objeto de amor. En un principio, ella es simbólica, y solo luego de la crisis de frustración comienza a realizarse, debido a choques y particularidades que se dan en esa relación madre-hijo. En la relación de amor, se abren las puertas a lo que se denomina por el autor como relación indiferenciada primordial.

El autor sostiene entonces lo siguiente:

Se trata de que el niño se incluya a sí mismo en la relación como objeto de amor de la madre. Se trata de que se entere de esto, de que aporta placer a la madre. Esta es una de las experiencias fundamentales del niño, saber si su presencia gobierna, por poco que sea, la de la presencia que necesita, si el mismo aporta la luz que hace que dicha presencia este ahí para envolverle, si él le aporta una satisfacción de amor. En suma, *ser amado, geliebt werden*, es fundamental para el niño. Sobre este fondo se ejerce todo lo que se desarrolla entre la madre y él. (Lacan, 1994- 1956-1957, p. 225-226)

En el seminario 5, denominado *Las formaciones del Inconsciente* (1994-1957-1958), Lacan retoma este tema, y señala que, el niño es el objeto parcial. Por estar en tal condición, el niño se cuestiona sobre qué quiere decir que su madre vaya y venga.

Entonces el autor plantea que el significado de esas idas y venidas, es el falo. Entre el niño y la madre, es donde se inscriben las primeras relaciones de realidad. Es allí donde él experimentará esas realidades que conciernen al medio viviente. El triángulo (madre-padre-hijo) del que habla Lacan, se formará luego de que el niño, permita el acceso al mismo. Es puntualizado aquí, una relación entre este triángulo al que denomino simbólico, con el triángulo imaginario antes mencionado (madre-niño-falo), que es el que engloba esa relación del niño a la madre, en tanto que él, se encuentra exclusivamente dependiendo del deseo de ella, y de su primera simbolización como tal. Es justamente en esa primera simbolización donde el niño se afirma, y donde también iniciará todas las complicaciones posteriores de la siguiente simbolización: él es deseo del deseo de su madre. A consecuencia de eso, Lacan señala que algo se abre, y ese algo desear “de otro” sobre el plano imaginario. El autor destaca entonces que:

Observemos este deseo del Otro, que es el deseo de la madre y que tiene un más allá. Ya sólo para alcanzar este más allá se necesita una mediación, y esta mediación la da precisamente la posición del padre en el orden simbólico (Lacan, 1994-1957-1958, p.189)

En el seminario 17 (2004-1969-1970), el ya mencionado autor, destaca, cómo los psicoanalistas, mediante su labor clínica, constantemente están buscando saber cuál es el rol de la madre. Por lo que Lacan señala y remarca, que, el rol de la madre, es el deseo de la madre. Dicho deseo, no es algo que se pueda soportar fácilmente, y entraña siempre estragos. A modo de cierre, y en referencia a lo antes mencionado respecto a los psicoanalistas, el autor plantea una interesante comparación de la madre con un cocodrilo, para poder explicar toda la lógica que se inscribe en torno a la función materna a sus colegas. La madre entonces sería el cocodrilo que tiene en su boca al hijo. El deseo de ella es entonces su voluntad de cerrar o no su pico. Lo que retiene ese acto, es un hueso que Lacan lo describe como duro, de piedra. Esto es el Falo, el protector de ese niño, si la boca de pronto se cierra.

Las teorizaciones de Jacques Lacan, son de suma importancia, debido a que él, toma conceptos de autores como Freud y Winnicott; y los hace dialogar, los cuestiona y les da un nuevo sentido.

Cap. 4 - Viejas creencias. Nuevas teorías: construyendo una equidad de género.

En dicho apartado se realizará una pequeña revisión bibliográfica referente a la temática del género; el cual afectó y afecta significativamente tanto el concepto de mujer como el de maternidad.

A modo de inicio se conceptualizará el término género. Allegue, R. y Carril, E. *et.al* (2000), señalan que tanto la femineidad como la masculinidad dependen de factores psicosociales. Retoman las investigaciones realizadas por Money, quien teoriza que, la biología no es la que determina el sentimiento de saberse niña o varón, sino que son las variadas respuestas que cada cultura le da a la diferencia de sexo. De ésta manera entienden al género como la construcción socio cultural e histórica que cada sociedad realiza sobre uno y otro sexo. Concuerdan con J. Scott quien aclara que el mismo, sería una categoría social impuesta a un cuerpo sexuado: creencias, sentimientos y conductas que toda sociedad se ha dado frente a la diferencia sexual. Surgido en la década de los 80, y en el seno de las destacadas corrientes feministas así como también de las Ciencias Sociales, los estudios de género, están fundados en un campo de conocimientos en el que se conjugan diversas disciplinas: psicología, antropología, historia, sociología, etc., así lo explican las autoras antes mencionadas. El objetivo de estudio del mencionado concepto, según ellas, apunta a que, a partir de la desigual ubicación de mujeres y varones en la sociedad patriarcal, poder visualizar cuáles han sido las condiciones socio históricas de la producción de las subjetividades sexuadas, así como también poder investigar las marcas que ha traído como consecuencia esa desigualdad.

En lo referente al tema, la antropóloga y feminista mexicana Marta Lamas (1994), habla de la imposibilidad de comprender al género y a la diferencia sexual sin abordar el proceso de construcción de la identidad. Destaca que la misma, debe ser entendida tomando al género como un componente en interrelación compleja con otros sistemas de identificación y jerarquía. Señala que tanto hombres como mujeres son “producidos” por el lenguaje, las prácticas y representaciones simbólicas dentro de formaciones sociales dadas, pero a su vez, dicha autora realiza una innovación destacando que a esto debe sumarse los procesos inconscientes vinculados a la simbolización de la diferencia sexual. Explica entonces, que debe comprenderse que la diferencia sexual es una diferencia estructurante a partir de la cual se construyen los papeles y prescripciones sociales, así como también el imaginario de lo que significa ser mujer o ser hombre. Por tanto, dicha diferencia no puede ser puesta al mismo nivel del género

M. Lamas (1994), al introducir el papel del inconsciente a la perspectiva de género, conjuga al psicoanálisis con dicha perspectiva, generando una nueva concepción donde destaca que, éste explora la forma como cada sujeto elabora en su inconsciente la diferencia sexual y cómo a partir de esa operación se posiciona su deseo sexual y su asunción de la masculinidad o la feminidad.

Judith Butler (2006), quien teoriza al género como no ser exactamente lo que uno “es” ni tampoco precisamente lo que uno “tiene”. Sino que el mismo, es el aparato a través del cual tiene lugar la producción y la normalización de lo masculino y lo femenino. Destaca que el género es el mecanismo a través del cual se producen y naturalizan dichas nociones, pero a su vez el género podría ser el aparato por medio del cual, tanto masculino y femenino se deconstruyen y desnaturalizan.

La maternidad, la paternidad y el género, según Leslie Arvelo (2004), constituyen construcciones que están relativizadas tanto por lo histórico como por lo sociocultural que poseen dimensiones subjetivas abordables por la psicología. Por otra parte, señala la autora, que aún más en el caso de la maternidad, estas construcciones están impregnadas de un marcaje inicial del orden biológico que orienta el proceso constructivo estableciendo identidades y diferencias entre estos conceptos entendidos como estructuras y funciones. La autora antes mencionada, concibe al proceso histórico de la maternidad asociado directamente a la fertilidad y fecundación. Destaca que a lo largo de la historia del ser humano la maternidad ha sido idealizada y por mucho tiempo estuvo asociada a lo divino, a lo sagrado. Luego con el advenimiento del patriarcado la mujer fue relegada a un plano inferior y atacada allí donde era poderosa, temida, en su poder de procrear. En cambio al referirse a la paternidad, explica que el padre tradicionalmente ha estado ubicado como figura de autoridad y respeto, el que impone la ley, el que sabe o supuestamente sabe, el que protege, el que provee y brinda seguridad por su mayor fortaleza. El componente afectivo de la función paterna, aunque siempre ha existido, ha sido asumido y construido más recientemente. Como conclusión la autora se refiere a la maternidad, la paternidad y el género como constructos y categorías autónomas, lo cuales están muy enlazados en sus procesos de construcción. Eso se debe a que han sido marcados por el orden biológico que se articula con lo simbólico pero sin borrar su huella, dando estabilidad en el tiempo a ciertos significados. La valoración socio-histórica de la procreación le hace difícil a la mujer renunciar a aquello que le permite, de alguna manera, compensar las faltas que la misma sociedad le ha atribuido.

Como punto final del capítulo, considero relevante destacar el planteo del psicoanalista George Devereux (1989) en su libro *Mujer y mito*. Allí señala lo siguiente:

Estamos, en efecto, lejos aún de apreciar verdaderamente la fuerza motriz cultural que representa la coexistencia, en el seno de la humanidad, de dos sexos bien distintos, cada uno incapaz de prescindir del otro. Pues toda génesis y todo crecimiento cultural dependen de la *diversidad interna* del grupo que inventa y desarrolla esa cultura, así como la capacidad de un sistema termodinámico para proporcionar trabajo depende de su *no-*

homogeneidad. (...) El valor igual de los hombres y de las mujeres radica en el hecho de que en una especie *sexuada* el hombre presupone de la mujer, como la mujer presupone al hombre. Su *diversidad* garantiza el sentido de cada uno de ellos y prueba la igualdad de su valor. (p.12).

Cap. 5 -. Una mirada actual.

Como capítulo final, se abordarán las diversas perspectivas actuales de algunos autores que trabajan desde la teoría lacaniana en torno a la temática.

Una de las autoras es Alba Flesler, psicoanalista argentina, quien teoriza en torno a la función materna, y toma en cuenta los aportes de Lacan, dándole especial énfasis al deseo. La autora (2014) plantea que actualmente el término deseo se ha usado banalmente, a lo que explicita que el deseo no es lo mismo que querer algo. Propone que el mismo tiene como condición la pérdida de un goce, por eso lo que se desea no es lo que se quiere, es más, muchas veces implica la pérdida del alcance inmediato de la satisfacción, la postergación de eso que se apetece. Es así que continúa diciendo que para que haya deseo, éste ha de partir de una falta de goce. La autora aclara que cuando los padres expresan si quisieron o no tener a un hijo, esto no tiene que ver con el deseo. Sino que lo que se debe hacer en el análisis es tratar de ubicar el deseo de los progenitores en el discurso. Ello implica entonces el prestar atención al nudo de los padres. La autora sitúa el lugar del niño en ese nudo, como objeto de goce, de amor o de deseo. Se destaca la importancia de localizar si los tres están enlazados o no. Cada uno de los mismos, encuentran un límite en los otros dos registros. Entonces aclara lo siguiente: “Un deseo puede ser un deseo loco, desear, desear y solo desear, sin ningún anclaje en alguna satisfacción” (p.48). Al referirse a los límites que se ponen entre el amor, el deseo y el goce, cuando esos límites no están, sucede por ejemplo, que si un niño es apetecible para su madre, lo quiere morder y entonces lo muerde. De esta manera es que la autora destaca lo siguiente:

Los padres piensan, no infrecuentemente, en matar a sus hijos. Pero ¿por qué no los matan? Nada más ni nada menos que porque desean que vivan. Podríamos decir que tienen un deseo más fuerte que el goce que también los habita. Tal como Lacan refiere respecto del deseo del analista, diciendo que es un deseo más fuerte. (Flesler, A., 2014, p, 48)

La autora ya mencionada, al referirse a que el amor, el deseo y el goce estén enlazados, aclara que, si eso efectivamente sucede, es porque cada uno de ellos, encuentra un límite en los otros dos. Entonces, señala que, en lo que respecta al deseo de la madre, ella dona junto a él, su sostén narcisístico, mientras que con el deseo del padre se cumple una función. Al referirse a ese deseo, la autora menciona que, con dicho deseo paterno, lo que se produce es la operación nominante, que

ordena dos cosas: por un lado, la filiación, al decirle al niño que es su hijo, al que tuvo con una mujer; y por otro, lo hace deudor del nombre, lo que Lacan denominó Nombre del Padre.

En su libro *El Niño en Análisis y el lugar de los padres*, Flesler (2007), teoriza en torno a la anticipación de la madre. Plantea que, en ella, el deseo de un hijo no ha surgido solo a raíz de una falta que por ende promueva el anhelo de tenerlo, sino que también se relaciona con la ilusión de obtenerlo. La autora continúa argumentando que el falo, que sustenta a esa madre, es un articulador significativo, en cual incentivará en ella una operación fundante: la operación de anticipación del sujeto por venir. Por ende la madre anticipará la existencia de ese sujeto, cuando él ni siquiera es un viviente, también le podrá donar en su imaginación un cuerpo separado del propio. Menciona que, esa función de anticipación, además de ser esencial para el sostén narcisístico, es un tiempo ambivalente para el sujeto: “ser o no ser el falo”. Ese falo imaginario, introducido por la madre, lo que hace es incitar un atractivo esencial para la economía de su deseo materno, construyendo entonces para el sujeto, un desafío comprometedor. La autora concluye entonces que el niño intentará, esforzadamente, convertirse en equivalente de ese falo, para poder colmar las expectativas que se propone para ser cuidado y atendido en lo que refiere a sus necesidades básicas.

Héctor Yankelevich, es otro de los autores que también trabaja en torno al tema. En uno de sus libros, llamado *Ensayos sobre autismo y psicosis* (2010), el autor plantea a la maternidad como una retribución en el orden del tener, lo que permite, casualmente, que el hijo sea dado a su turno al padre para recibir el nombre, todos estos tiempos, señala el autor, acontecen mucho antes de la concepción del niño. Se refiere a Winnicott, y su teorización en torno a la madre suficientemente buena, Yankelevich (2010) sostiene que eso, no es más que una respuesta teórica y clínica, a la angustia que se provoca en la madre, por la ambivalencia que puede llegar a sentir respecto de su hijo. Éste autor, también se refiere al filósofo Pascal, y señala que para que el niño incorpore tanto la voz y la capacidad para apoderarse de la palabra, una madre debe ser “pascaliana”. En el sentido que éste filósofo apuesta a la existencia del otro. La madre entonces, según Yankelevich (2010) debe apostar al Inconsciente, en el sentido de asumir que el objeto que lleva en su vientre será un sujeto. Si así lo apuesta, entonces es. Ya que es sumamente importante para su estructuración psíquica y el transcurso de la vida misma, que un niño pasa de ser objeto a ser Sujeto. Y aun mas, el autor plantea esa capacidad de anticipación, como creadora del dialogo en el cuerpo y que hace que las palabras de la madre se conviertan en un cuidado “precioso y en una caricia erógena por excelencia” (p.49)

Luego de esto, el autor plantea el lado patológico de esa situación. Se menciona la “regresión funcional o adecuada de la madre”. Esto es lo que le permite a ella responder con un tiempo ni demasiado pronto ni demasiado tarde a las necesidades que tiene el niño. O sea, una madre debe “saber” cuando y de qué forma responder o no a lo que el niño la convoca. Por tanto, plantea que:

El límite que permite a la madre no hundirse demasiado en las delicias o en la angustia obedece en definitiva a su capacidad de reservar un lugar al amor sexual con el hombre, sobre todo si éste es el padre de sus hijos, pues su semen no es sólo código de ADN, es también y sobre todo portador del Nombre. Engrama que la madre lleva o ha llevado en su seno, o que hace que el niño que da a luz sea ya, en su misma carne, un golpe de dados, un conjunto de letras (Yankelevich, 2010, p.51).

Yankelevich (2010), plantea la definición de función materna, con una exigencia de esa “madre pascaliana”, ya que la misma engloba la posibilidad de apostar a la existencia actual de un sujeto, allí en el lugar que aún no está, pero que sobrevendrá. El autor señala entonces que: “Del cumplimiento de esta función resulta una creación *ex nihilo* ya que, como función, nada asegura que pueda efectuarse para cada sujeto, aun cuando ésta sea uno de sus componentes lógicos” (p.50). Para reforzar este concepto menciona al psiquiatra y psicoanalista francés, Serge Lecraire, quien define a la función materna como: “el clivaje entre las pulsiones de autoconservación y las sexuales” (p.50). A esto añade que, si lo propio de la función materna es crear la alteridad de lo que se dice, es porque una madre no ocupa el lugar del Otro por el solo hecho de ser madre; sino que todo lo contrario la creación de la alteridad es la que permite, estando en el lugar del Otro, poder separarse del objeto. Separarse tanto del niño para dárselo al padre, como también del pecho para dárselo al niño. El autor señala, que, para el niño es de suma importancia que reciba el baño del lenguaje por parte de su madre. Tanto es así que destaca que: “la palabra del Otro, da lugar a la palabra del Sujeto” (p.125). Para el autor, la función materna existe, por excelencia, en base a una apuesta: que el objeto portado por ella será sujeto. Porque recién al apostar, es cuando el sujeto existe, es producido, al mismo tiempo y en la misma jugada que el lugar del Otro. Esta doble creación es la propiedad específica y definitoria de su función como madre. Al crear el lugar del Otro en su propio cuerpo, el autor señala, que la madre entonces, permite y otorga al niño, las condiciones para que, a su vez el cuerpo del niño se vuelva lugar del Otro. Para poder diferenciar con claridad, esta diferenciación entre la feminidad y función materna, el autor, destaca que si bien ambas echan raíces en un solo y mismo lugar, las relaciones no necesariamente son pacíficas, ya que cada cual destina el falo a un lugar diferente. El falo como función estructurante, tanto para la mujer, que es objeto causa de deseo

para un hombre, desde la feminidad; como también a nivel de su función materna, el falo actúa como un significante que nombra la falta. Falta que es motor para concebir a un hijo.

Silvia Tomás es otra de las autoras que plantea el tema de la función materna. En su libro titulado *La función materna* (2011), realiza un desglose interesante respecto al término función. Señala que el mismo, desde el punto de vista psicoanalítico, ha sido trabajado por Lacan para referirse a la función paterna, mediante la metáfora paterna. Al respecto menciona que el Nombre del Padre se instituye como tal, si sustituye el deseo de la madre, impidiendo entonces que ese goce recaiga sobre su hijo. Esa sustitución, es señalada por la autora, como la que dará lugar a la función paterna y por ende la significación del falo. Retoma la metáfora del cocodrilo señalada por Lacan, y teoriza que, con eso, lo que pretende el autor es marcar la existencia de una especie de apetito en el deseo materno, el cual deberá ser regulado por el falo para que no traiga como consecuencia un estrago. La autora remarca la importancia de tener en cuenta que, el oficio o la función materna no es solamente el pasar al niño órdenes y consignas. Sino que dicha función se relaciona directamente con un más allá de necesidades y demandas, o sea, abrir la posibilidad a que la madre oficie como pasadora de deseo para su hijo. La autora concluye entonces lo siguiente:

Así, la función materna PASANTE DEL NOMBRE DEL PADRE posibilitará crear el lugar del Otro –que es una condición necesaria para dar cuenta del nacimiento de la pulsión- así como también creer en el Otro, al menos por un tiempo, efectuando la operación de alienación. (Tomás, S., 2011, p.33)

Se señala por parte de la autora que, no basta con solo alumbrar y dar vida biológica para nombrar a la función materna, sino que será necesario construir un campo por el niño y por el Otro. Esto es, el niño recién nacido, si bien necesita a alguien que lo alimente, también necesita alguien que lo desee, lo demande y permita también que esa no se recubra del todo. Por lo que la autora remarca lo siguiente: “(...) sin en el encuentro con el Otro nominante, aquel que deje resonar en su voz el vacío de la falta no podrá comenzar el entramado subjetivo.” (Tomás, S., 2011 p. 61) A modo de conclusión, la autora teoriza que: “(...) la función materna es aquella que apuesta a la subjetividad del infans antes de que ésta emerja” (p.74)

En lo referente al tema, las autoras brasileras Ferrari, A.; Silva, M. y Donelli T. (2012), sostiene que, para que un sujeto se construya, es necesario que el mismo sea tomado como objeto privilegiado de deseo de alguien. Dicha operación permite la transformación del cuerpo biológico, en cuerpo erógeno. En esa construcción se instala una delimitación del goce, tanto del cuerpo del bebé, como el de su madre, por

la inscripción de la falta, que está promovida por la dialéctica de presencia-ausencia por parte de la madre.

Dichas autoras, sostienen que, para que las operaciones maternas que constituyen al sujeto sean eficaces, se vuelve necesario que las mismas sean ratificadas por alguien. Lo que opera en ese lugar según las autoras, es la función paterna que debe restringir el deseo incestuoso. El padre entonces, según Ferrari, A.; Silva, M. y Donelli T. (2012), es colocado en el lugar de la madre, como aquel que priva a ella del objeto de su deseo, o sea el falo. En dicha privación, el padre (imaginario) se hace preferir en lugar de la madre, entonces, ese padre se encuentra en una posición metafórica, en la medida que, la madre, hace que él, sea el que sancione, debido a su presencia, la existencia como tal de un lugar de ley. Sostienen entonces, que aquella persona que opere la función paterna, tiene que desarrollar un límite, en lo que refiere al deseo incestuoso como al goce. Señalan que, operar la función materna sin la referencia paterna, que se interponga entre el cuerpo de la madre y el bebé, produce en la madre la tentación de hacer del cuerpo de su hijo, el objeto perdido de la castración. Concluyen entonces que, la función paterna lo que debe hacer, es detener una posible inmersión, al mismo tiempo que, confronta a la madre con ese vacío de su castración.

Hasta hace unos años atrás, era difícil ver a un padre que se encargara de las funciones cotidianas de su hijo en lo que refiere al funcionamiento del cuerpo del pequeño. En la mayoría de las familias, el padre se restringía a operar una función de interposición y ratificación respecto a su bebé. Para un mejor entendimiento de dicho planteo, las autoras citan a Lebrun (2004), quien afirma que el padre presentaba una asimetría de funciones en relación a la madre, operando entonces como un contrapeso de ésta. Por tanto, el poder de la madre en éste sentido, podría ser entendido como real, y el de padre como simbólico; impuesto por esa asimetría que permite al niño alejarse de ese lugar de falo para su madre.

Ferrari, Silva y Donelli (2012), sostienen que, en la actualidad, se pueden ver padres cada vez más presentes en la cotidianidad de sus hijos, y dividiendo tareas con la madre, que hasta entonces eran preponderantemente maternas. La cuestión entonces, para las autoras, es abrir la posibilidad a pensar que, a partir del momento que pasa a existir un imperativo social, el padre también ocupará ese lugar de operador de la funcionalidad del cuerpo de su hijo. O sea, será el que limita la angustia y el goce de la madre. Muchas veces, señalan las autoras, el punto final de la angustia de ésta, solamente se da, si interviene algún agente institucional.

Como punto final, concluyen que, tanto el concepto de la infancia, como el de maternidad y paternidad, son construcciones que se han consolidado con el correr de los años. El niño ha pasado de estar en la indiferencia, a ocupar un lugar predominante, que muchas veces organiza la vida familiar.

Otro de los autores que hace referencia a lo social es Víctor Guerra (2000) quien sostiene que, el campo referente a los vínculos que se desarrollan en la primera infancia, son sumamente amplios, como para abordarlos únicamente desde la perspectiva del psicoanálisis. Por tanto, considera importante tomar en cuenta los aspectos históricos-sociales de los individuos, para poder así, buscar aspectos determinantes de las relaciones humanas. Señala lo siguiente:

Si bien siempre habrá un recorte particular de significación subjetiva de los acontecimientos, no podemos negar la evidencia de que las coyunturas culturales en el que la familia está inmersa establecen pautas, que hacen marca en los vínculos y en la estructuración psíquica del niño. (párr. 6)

A lo antes mencionado, el autor, remarca la importancia que adquiere, el poder trabajar tanto con los niños como con sus padres, en lo que refiere a la posibilidad de cuestionarse la significación de pautas culturales que tienen los padres de sus hijos y de sí mismos. Señala que, uno de los cambios en la relación de padres e hijos, tiene que ver con el abandono de prohibiciones o permisos, para pasar a una actitud de negociación y diálogo. De ésta forma, lo que se acrecienta en el vínculo, es la confianza recíproca y la tolerancia entre esas dos grandes generaciones. Desde una perspectiva intersubjetiva, Guerra, (2000), aborda el tema referente a los cambios sociales que se han venido dando en estos últimos años, así como también las modificaciones que se configuran tanto en la parentalidad, como en el niño. Destaca entonces, que, los padres están atravesados por un imaginario social que demarca sus funciones como tales, así como también sus perspectivas y anhelos en torno al bebé; las cuales son sumamente distintas de los ideales que se desarrollaron en la historia de la humanidad.

A modo de cierre del capítulo, es importante destacar, que el recorrido por diversos autores actuales, abre la posibilidad a reflexionar sobre las innovaciones teóricas que ha tenido el concepto del padre y la madre, y cómo éstos han tenido que adaptarse a los avatares de la sociedad del presente.

Consideraciones finales.

El abordaje referente al proceso histórico de la feminidad y maternidad, permitió visualizar que las normas sociales imperantes de aquella época estaban signadas por la dominación masculina, frente a una mujer sumisa, resignada y obediente. Los autores citados (González (2008), Badinter (1981), Bel (2000)) coinciden en que su único destino era la reproducción y crianza de sus hijos, así como también la dedicación exclusiva a las tareas del hogar. A esto se añade lo referente al matrimonio, y la ausencia de elección por parte de ellas, que lo único que deberían aceptar era la decisión de su padre de imponerle un futuro marido.

Lo antes mencionado permite reflexionar que, al ser una sociedad que se caracterizaba por esa autoridad patriarcal, lo que estaban ausentes eran los afectos, primando entonces la voluntad de aumentar la riqueza económica de las familias y adquirir así un elevado estatus social. El cristianismo fue una de las doctrinas que intentó disminuir la dominación masculina, pero sus intentos fueron casi en vano; y más aun teniendo en cuenta que contrariamente a ese discurso igualitario entre hombres y mujeres que intentaba reproducir dicha doctrina, la misma estaba fundada justamente en favorecer la autoridad del hombre y del Padre-Dios. Evidentemente con el transcurso de los años y el progreso notorio de una sociedad que avanzaba tanto a nivel político, económico y social; el posicionamiento de la mujer emprendió progresivas modificaciones. Es en ese panorama que la corriente psicoanalítica, de la mano de Freud, se expande y llega a aquellas mujeres que aún seguían bajo la autoridad del hombre. Aquella pregunta que el psicoanalista formuló acerca de qué querían las mujeres, se puede asociar justamente al cambio que estaba atravesando la sociedad en aquel momento. Una transición que pretendía darles a las mujeres sus derechos y que sus voces se hicieran escuchar. Notoriamente, para Freud fue complejo despojarse de aquel pensamiento autoritario y teorizar acerca de la feminidad desde un lugar neutral. Sin embargo se puede visualizar una notoria diferencia que realiza el autor en cuanto a la sexualidad entre hombres y mujeres, sus distintas maneras de afrontar, por ejemplo, el Complejo de Edipo. En lo que respecta a la feminidad que plantea el autor, se puede visualizar que la misma, está desde el comienzo rodeada de complejidades y con una niña que desde pequeña deberá aprender a convivir con la falta del pene y por ende de su castración. De este modo la maternidad estará entonces determinada por esa sexualidad infantil que haya atravesado la niña.

Los planteos de Melanie Klein, a diferencia de los de Freud, están abocados más a la relación madre bebé. Esta autora hace hincapié en un contacto inicial en esa relación

dual. Sus aportes son de gran importancia para reflexionar acerca del acto de amamantar. Esto es, frente a aquella sociedad que veía el dar el pecho como algo denigrante, Klein lo señala como algo fundamental, al punto de determinar posteriormente la sexualidad del recién nacido.

Hasta aquí lo que se puede visualizar en ambos autores, es la determinación que adquiere el desarrollo de la sexualidad infantil, la cual está determinada por las acciones de la madre, siendo ésta imprescindible para el desarrollo tanto físico como emocional del niño.

Winnicott va un paso más allá de esa relación madre bebé y destaca la importancia de la familia para el buen desarrollo del bebé. Esa madre “suficientemente buena”, podrá serlo si es amada por su marido. Sus planteos permiten visibilizar a una madre que es producto no solo de sus actitudes para con su hijo, sino de sus vinculaciones familiares y sociales. Este autor, a diferencia de los antes mencionados, no habla de la esencialidad de la madre en la sexualidad del niño, y si se dedica a teorizar acerca de la presencia materna para el fortalecimiento yoico y un adecuado desarrollo emocional del recién nacido.

Lo significativo de Lacan es su retorno a los conceptos planteados por los autores antes mencionados, para darles un nuevo significado. A esto se añade lo novedoso de introducir un tercer componente a la díada madre bebé: el falo. Para poder así visualizar a la madre, justamente como no toda madre, sino también como esposa y como mujer. Sus conceptualizaciones permiten reflexionar, a nivel general, la existencia de una mujer que deberá construir su identidad y saber lidiar con el ser madre, esposa y mujer a la vez.

La lectura de autores actuales que trabajan desde la teoría psicoanalítica, permitió visualizar la trascendencia y la vigencia que hoy día siguen teniendo los clásicos conceptos psicoanalíticos. Pero sobre todo, lo interesante es la posibilidad de ver, justamente, cómo esos conceptos siempre seguirán en constante construcción, y sería erróneo pensar que son estáticos y acabados.

En líneas generales, la realización de éste trabajo permitió observar a la función materna como esencial, necesaria y determinante para el desarrollo del niño. Tanto la mujer como la madre son producto de una lucha constante de reconocimiento de sus derechos, virtudes y sobre todo sus decisiones.

A modo de cierre, considero pertinente señalar algunas cuestiones que debieron quedar pendientes, y que podrían ser una continuación de ésta monografía. Uno de

ellos, es el tema referente a la infancia, tanto su historia como sus teorizaciones psicoanalíticas. Así como también lo referente a la sexualidad infantil, tema que se relaciona directamente con la función materna. Otra temática sería la referente a la función paterna. Al mencionar esos otros dos componentes que hacen a esa madre, inevitablemente sería necesario hablar de la familia y todo lo que ello implica para todos los componentes de la misma.

Bibliografía consultada:

Allegue, R., Carril, E., et al (2000). “El género en la construcción de la subjetividad. Un enfoque psicoanalítico”. *Masculino-Femenino. Perspectivas teórico-clínicas*. Montevideo: Psicolibros.

Arvelo Arregui, L. (2004). Maternidad, paternidad y género. *Otras Miradas*, 4(2) 92-98. Recuperado de <http://4www.redalyc.org/articulo.oa?id=18340203>

Badinter, E. (1981). *¿Existe el amor maternal?*. Barcelona: Paidós.

Bel, M. A. (2000). *La historia de las mujeres desde los textos*. Barcelona: Ariel.

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.

Carro, S. y De La Cuesta, P. (2010). *Introducción a las teorías psicológicas*. Montevideo: Psicolibros.

Collazo Valentín, L. M. (2005). De la mujer a una mujer. *Otras Miradas*, 5(2) Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18350201>

Devereux, G. (1989). *Mujer y mito*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ellenberger, H. F. (1976). *El descubrimiento del inconsciente: historia y evolución de la Psiquiatría Dinámica*. Madrid: Gredos

Ferrari, A. G; Silva, M. da R.; Donelli, T. (2012). A criança e seus pais: alguns interrogantes sobre as funções parentais na atualidade. *Revista aSEPHallus*, Rio de Janeiro, vol. VII, n. 14, mai. a out. 2012. Recuperado de: http://www.isepol.com/asephallus/numero_14/artigo_05.html

Figuerola, C. G. (2005). Freud's women. *Revista Chilena de Neuropsiquiatría*, 43- 159-161. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=331527696011>

- Freud, S. (1979). *Sigmund Freud obras completas*. El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras (1927-1931) volumen XXI amorrtu editores bs as 1986 (trabajo original publicado en 1931)
- Freud, S. (1996). *Sigmund Freud obras completas*. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936) volumen XXII amorrtu editores bs as 1986 trabajo original publicado en 1932
- Gloer, L. (2006) Las mujeres en el contexto y el texto freudianos. Publicado en la revista nº34. *Revista de Psicoanálisis, LXIII*, 2, 2006: 311-323. Publicado en Aperturas Psicoanalíticas con autorización. Recuperado en: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000639&a=Las-mujeres-en-el-contexto-y-el-texto-freudianos>
- González, T. (2008). El aprendizaje de la maternidad: discursos para la educación de las mujeres en España (siglo XX). *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 15(46) 91-117. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10504605>
- Guerra, V. (2000). Sobre los vínculos padres-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño. *Revista uruguaya de psicoanálisis (En línea)* (91). Recuperado en: <http://www.apuruguay.org/apurevista/2000/1688724720009109.pdf>
- Hipp T., R. (2006). Orígenes del matrimonio y de la familia modernos. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, (11) 59-78. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45901104>
- Klein, M. (1921/1994). El destete. En *Amor, culpa y reparación*. Obras completas 1. Barcelona. Paidós. (Trabajo original publicado en 1936)
- Klein, M. (1921/1994). Amor, culpa y reparación. En *Amor, culpa y reparación*. Obras completas 1. Barcelona. Paidós. (Trabajo original publicado en 1937)
- Lacan, J. (1994). Del complejo de castración. En *El seminario 4. La relación de objeto* 1956-1957(1ªed, castellano). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original publicado en 1957)

- Lacan, J. (1994). Los tres tiempos del Edipo. En *El seminario 5. Las formaciones del inconsciente 1957-1958* (1ªed, castellano). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original publicado en 1958)
- Lacan, J. (2010). Edipo, moisés y el padre de la horda. En *El seminario 17. El reverso del psicoanálisis 1969-1970* (9ª reimpresión). Buenos Aires. Paidós. (Trabajo original publicado en 1970)
- Lamas, M. (1994). “*Cuerpo: diferencia sexual y género*”. Debate feminista, año 5, vol. 10. México.
- Lamovsky, L. (2003). *La mujer como síntoma del hombre*. Reunión Lacanoamericana, Tucumán. Recuperado en: <http://www.efba.org/efbaonline/lamovsky-13.htm>
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. (6ª reimpresión 2004). Buenos Aires: Paidós.
- Mannoni, O. (1987). *Freud. El descubrimiento del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Martinez, M. (2008). *La eficacia de una fobia*. Recuperado en: <http://www.fort-da.org/fort-da10/martinezliss.htm>
- Negro, M. A. (2012). Función materna y superyó en la enseñanza de Jaques Lacan. *IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XIX Jornadas de Investigación. VIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado en: <http://www.aacademica.org/000-072/860.pdf>
- Philippe, J. (1993). *El manto de Noé. Ensayo sobre la paternidad*. Buenos Aires: Alianza Estudio.
- Robles, R. (2012) Maternidad: ¿Un deseo femenino en la Teoría freudiana? *Revista Nomadías*, Número 16, 119-135. Noviembre. Recuperado en: <http://www.nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/viewFile/24966/26317>

- Roudinesco, E. (2003). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Viviani, A. (s.f). *Lacan y el Edipo Freudiano*. Recuperado en:
<http://www.revistatextura.com/leia/lacany.pdf>
- Winnicott, D. W. (1993). La integración del yo en el desarrollo del niño. En: *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Paidós: Argentina (Trabajo original publicado en 1965)
- Winnicott, D. (1995). El primer año de vida. Criterios modernos sobre el desarrollo emocional. En: *La familia y el desarrollo del individuo*. (4ª Ed). Buenos Aires. Hormé. (Trabajo original publicado en 1958).
- Winnicott, D. (1995). La relación inicial de una madre con su bebé. En: *La familia y el desarrollo del individuo* (4ª Ed). Buenos Aires. Lumen Hormé. (Trabajo original publicado en 1960).
- Zuluaga, B. (2006). *La mujer freudiana*. Recuperado en:
<http://www.bdigital.unal.edu.co/14469/1/3-8354-PB.pdf>